

Pedro Ordóñez de Ceballos
(El Clérigo Agradecido)

Vecino de Quito y Cura de Pimampiro

Por **J. ROBERTO PAEZ,**
Miembro de Número
de la Academia Nacional de Historia.



A extraordinaria figura de este célebre viajero, vinculado a la historia de Quito por haber residido en él y haber sido uno de los testigos presenciales de la Revolución de las Alcabalas, sirviendo también por muchos años el cargo de Cura de la población de Pimampiro, ha atraído en todo tiempo a los historiadores. Son muchas las referencias que se hallan de su persona y de sus libros, sin que hasta el día de hoy tengamos una Vida del mismo

debidamente elaborada. En mi concepto, el estudio más completo hasta la fecha, que haya aparecido sobre el Clérigo Agradecido, es el que presentó como "Discurso de Ingreso" en el **Instituto de Estudios Giennenses** el señor doctor don A. Vázquez de la Torre, sobre su compatriota Pedro Ordóñez de Ceballos, el mismo que corre impreso en el "**Boletín del Instituto de Estudios Giennenses**", número 4, año segundo, correspondiente al mes de Abril de 1956. Séame permitido hacer un resumen de este meritísimo estudio, en beneficio de todos aquellos que están interesados por conocer algo de la vida de Pedro Ordóñez y que no podrán conseguir con facilidad la Revista del Instituto de Jaén.

Dice el doctor Vázquez que el Padre Constantino Bayle, de la Compañía de Jesús, le escribió se animara a acometer un estudio sobre el Clérigo Agradecido, gran trotamundos, Canónigo de Jaén, pues, había para ello mucho bueno y nuevo. Agrega que Pedro Ordóñez fue mitad Clérigo, mitad soldado. "Elcano con sotana", dijo de él Jiménez de la Espada. Fue soldado, aventurero, estudiante, explorador, marino, misionero, fundador de ciudades, historiador y un gran patriota, patriotismo que proyectó o canalizó hacia su patria chica: la muy amada ciudad de Jaén.

En Jaén publicó Ordóñez sus libros; muchos con notas, otro poco con la memoria y quizá algo con la fantasía. De estas obras, unas llegaron hasta nosotros y alguna de ellas apareció con el nombre de Bartolomé Ximénez Patón, siendo en realidad del Clérigo Agradecido, por entero: es la "Historia de la antigua y continuada nobleza de la ciudad de Jaén, muy famosa, muy noble y muy leal, guarda y defendimiento de los Reinos de España, y de algunos varones famosos, hijos de ella". La edición es del año 1623, en cuarto, y el editor es Pedro de la Cuesta.

El nombre de Ordóñez de Ceballos figura al frente de los siguientes trabajos:

“Los cuarenta Triunfos de la Santa Cruz de Cristo Nuestro Señor”. (Madrid, 1614. Editor Luis Sánchez).

“Viaje del Mundo, hecho y compuesto por el Licenciado Pedro Ordóñez de Ceballos, natural de la insigne ciudad de Jaén. Contiene tres libros. Dirigido a don Antonio Dávila y Toledo, sucesor y mayorazgo de la casa de Velado. Con privilegio en Madrid. Por Luis Sánchez Impresor del Rey N. S. año M.DC.XIII”.

De esta última obra hay ediciones de Madrid de los años 1616 y 1619. Y hay una de Amsterdam, del año 1622, entre las ediciones antiguas.

“Tratado de las relaciones verdaderas de los Reinos de China, Cochinchina y Champaá y otras cosas notables, y varios sucesos de los originales, por don Pedro Ordóñez de Ceballos, Presbítero Juez y Vicario General de Guamanga en el Perú y Canónigo de Astorga”. (Año de 1628. Jaén. Pedro de la Cuesta”).

En las obras del Clérigo Agradecido se nos muestra su retrato vestido de clérigo —manteo, loba de raja y bonete— escribiendo sus libros. Tiene delante una carpeta con el emblema de la realeza, que nos indica las provisiones que se le dieron. Banderas y cañones a uno y otro lado de la figura, indican su calidad de hombre de guerra. La indumentaria de clérigo no es muy clásica. El bonete alto, es el que como clérigo utilizaba en Quito, que “son muy altos y no muy anchos, que parecen mitras”. La parte inferior del grabado está ocupada por su escudo de armas, dividido en dos campos, orlados ambos. El superior es el escudo del apellido Ordóñez. Son sus armas: diez roeles rojos en campo de plata y orla azul con cuatro leones y cuatro coronas de oro. El campo inferior debe corresponder al Ceballos y representa el hecho cumbre de su vida: El Bautismo de la Reina María de Cochinchina —su mulata enamorada— a presencia de las damas de su Corte. Orlado con lanzas, soles y agrupaciones de chozas que representan, sin

duda, la milicia del Perú y la fundación de ciudades. Hay una inscripción que dice: "El Lido. Po. Hordóñez de Zevallos. Presbítero, floreció en la navegación dando vuelta al mundo". Esta inscripción limita el retrato.

No hay duda de que el "clérigo errante", como le ha llamado Emiliano Jos, debió ser figura notable. Su biógrafo doctor Vázquez, dice de él que era de tez tostada, cara alargada; nariz prominente algo acaballada; ojos grandes, de mirar intenso; barba escasamente poblada; cejas grandes y espesas; gruesos labios y aire melancólico, que nos hace recordar algunas figuras popularizadas por el genial pincel del autor del Entierro del Conde de Orgaz.

Ordóñez de Ceballos es, ante todo, escritor andaluz. Es andaluz por su esplendidez notable; por su imprevisión manifiesta. Se exalta con facilidad y lo hace patente al ser recibido por el Vicario de Cristo, Gregorio XIII; o al llorar amargamente al considerar los sufrimientos de Nuestro Redentor.

Su vida —de ser ciertas sus narraciones— es una intensa y continuada serie de aventuras, en la que la última eclipsa las anteriores; algunas son tan inverosímiles que varios dudan de su autenticidad. Ya nuestro autor se cura en salud, cuando en el "Viaje del Mundo" advierte:

"Y para que no te parezcan cosas fabulosas las que leyeres en este libro, ni imposible haberle acaecido a una persona tanto y haber andado tantas tierras, lee la certificación del Real Consejo de Indias, que vió, le constó todo lo susodicho por informaciones auténticas y secretas que contra mí hicieron la Real Audiencia y el Obispo de Quito".

Y en efecto, en la certificación que transcribe, firmada del Secretario Pedro de Ledesma, se reconocen sus servicios y se estima que es él "clérigo virtuoso y limosnero y buen estudiante, que siempre

ha procedido con grande aprobación de virtudes y letras”.

Uno de los relatos que más se pone en duda, es el de la conversión y bautismo de la Reina María de Cochinchina. Sin embargo, hay varios puntos que considerar en este asunto. Es el primero, la importancia que a este suceso le concede el propio Ordóñez. Son los capítulos VII a XXVII del Libro Segundo de su “Viaje” los que dedica, casi íntegramente, a narrar las vicisitudes de esta notable aventura, en la que intervienen personajes que cita por sus nombres, y que por su obra, publicada en vida del autor y de muchos de los citados en ella, pudo ser recusada como falsa.

Es el segundo, lo que nos dice Ximénez Patón en su “Historia de la antigua y continuada nobleza”, del tenor siguiente:

“Estaba Ordóñez en Madrid para sacar licencia a fin de imprimir su “Viaje” y su “Triunfo” y también a presentar sus servicios con ánimo de obtener algún título que le diera ocasión de marcharse nuevamente a Cochinchina “que era lo que le tiraba”. Le dieron un Canonicato en Astorga, que no lo quiso, por estorbar sus dichos pensamientos. Por entonces vino a España el Obispo de China, Macao y demás Reinos gentiles, Fray Juan de la Piedad, el cual “Traía muy en la memoria la persona del Licenciado Ordóñez, clérigo presbítero, y muy gran noticia de la conversión de la Reina de Cochinchina y Campas”, por cartas del Rey y de la Reina, en las que le rogaban el envío de sacerdotes. El Obispo y Ordóñez se vieron y hablaron en el Consejo de Indias, donde un día coincidieron. Fray Juan dió Memorial a Su Majestad, en que refería la historia verdadera de la fundación de la fe en aquellos reinos, por nuestro Ordóñez, y proponía a éste como Superior eclesiástico de los predicadores que se enviasen. Y usando de su autoridad, el Obispo le nombró su Provisor, Juez y Vicario General de

todos aquellos Reinos". De todo esto da fe Ximénez Patón, no ya como Historiador, sino como Secretario del Santo Oficio. Veamos lo que dice:

"Y le dió (Fray Juan) sus veces muy cumplidas, como consta del título original que como Notario Apostólico rescrito en el Archivo de la Curia Romana y de la Inquisición doy fe que he visto, con la copia del Memorial que tengo en mi poder".

Es el tercero, la carta que Ordóñez escribe el 30 de Septiembre de 1616 a Ximénez Patón, en la que se responsabiliza con su función de historiador, de modo inequívoco, cuando expresa: "Y tratando la verdad, que un historiador y más (católico y sacerdote) debe". Todo esto nos hace pensar, afirma su biógrafo doctor Vázquez, que Ordóñez cuenta la verdad.

Su "Historia y Viaje del Mundo", que es el libro que le ha dado fama, es claro, dice su biógrafo, que no pudo escribirlo sentado en su escritorio, entre las cuatro paredes de su habitación, en los barrios altos de Jaén. Ordóñez fue un aventurero, un caballero errante, un trotamundos al que forzosamente tuvieron que ocurrirle hechos suficientes como para que nos dejara una autobiografía por demás interesante.

Es el historiador Ximénez Patón, clérigo, Secretario del Santo Oficio y contemporáneo de Ordóñez, quien asegura ser cierto cuanto narra el hijo de Jaén. Y es tal la seguridad que de ello tiene, que no escatima calificativos de encomio para Ordóñez, al que entre otros le aplica el de "heroico y prodigioso varón". Entre Ordóñez y Patón no existían lazos de parentesco, de paisanaje o de ninguna amistad que pudieran influir en el ánimo de este último.

Es muy del caso anotar que en Quito se conserva una certificación muy honrosa para nuestro autor. Fue publicada en el número primero de la "Revista del Archivo de la Biblioteca Nacional de Quito", mes de Julio de 1937, y corre en las páginas 66 y 67 de esa

Revista. Es la reproducción de una página del "Libro de los Pareceres" que se guarda original en el Archivo de la Biblioteca y que dice textualmente lo siguiente:

"Pedro Ordóñez, Clérigo Presbítero.— Pedro Ordóñez Clérigo Presbítero contenido en esta información de oficio, es un Clérigo virtuoso y que ha servido en aqueste Obispado algunos beneficios, Curatos de indios, en Mira y Pimampiro, y siempre con satisfacción y buen exemplo entre los indios; no sabe esta Audiencia haya deservido a Vuestra Majestad en cosa ninguna. Pretende se le haga merced de una prebenda en esta iglesia. Paréceme que siendo Vuestra Majestad servido, se le puede hacer merced de presentarle a un Canonicato en esta iglesia o del reino o algún beneficio curato de algún pueblo de españoles, que en cualquiera cosa que sirviere, descargará la Real conciencia de Vuestra Majestad, a quien Nuestro Señor guarde y prospere.—De Quito y Abril 15 de 603".

Y ahora sintéticamente apuntemos algo de su Biografía, siguiendo a Vázquez de la Torre.

Pedro Ordóñez de Ceballos, llamado generalmente **"El Clérigo Agradecido"**, por haberse él mismo denominado así en la portada de la segunda y posteriores ediciones de su **"Historia y Viaje del Mundo"**, nace en Jaén por el año de 1550. No ha sido precisada aún la fecha de este acontecimiento. Sus padres, cristianos y principales, fueron ayudados en la crianza del autor por Ana Gutiérrez, a la que él llama "beata y santa". En su niñez concurre a las Escuelas de la Santa Capilla de San Andrés y su maestro es Juan Diciar. A los nueve años marcha a Sevilla y se aloja en casa de Alonso de Andrade y de Avendaño, casado con doña Isabel de Velasco. Los dos favorecieron a Ordóñez en cuanto pudieron. Continuó sus estudios en Sevilla, acudiendo a la Compañía de Jesús y al Colegio de Maese Rodrigo, hasta graduarse de bachiller en Latinidades y Artes.

Tiene mucho partido entre el bello sexo y casi contrae matrimonio. Deja Sevilla y, debidamente recomendado, se le nombra Alguacil Mayor de las Galeras en el Puerto de Santa María, a punto de partir para Italia, a donde viaja. En Roma le recibe Su Santidad el Papa Gregorio XIII y le obsequia una medalla de plata, con las efigies de la Purísima y de San Gregorio. Entre Nápoles y Túnez, desvalija treinta navíos y con el dinero así obtenido, que llega a la suma de cuatro mil ducados, rescata cautivos en Túnez, entre otros al Licenciado Francisco Galavis, que más tarde estará en el Perú.

Se embarca para el Nuevo Mundo en Navíos del General Diego Maldonado y a poco regresa a España. Actúa en actividades múltiples, desde comerciante hasta negrero. Vuelve a América y allí decide hacerse clérigo. No nos ha relatado Ordóñez los motivos que le llevaron a dejar la vara de Gobernador Interino de Popayán, cargo que había alcanzado, para volver a Santa Fe, ciudad de donde dice "determinó escoger otro estado". Así lo manifestó al Arzobispo de Santa Fe, "que le tenía gran afecto", el cual al saberlo, "se levantó de su asiento, le abrazó y sacando de su estuche unas tijeras le cortó un cuello que valía muchos dineros".

Se ordena el año de 1566 y, designado Visitador General del Arzobispado, recorre las diversas ciudades de la Nueva Granada. Inicia una expedición al Marañón. Regresa a Pamplona y le nombran Cura y Vicario. Se le ocurre allí hacer negocios de ganados y un socio le perjudica. Ordóñez va en su seguimiento hasta los confines de Chile. Regresa a Quito y va luego a Panamá y de allí a España, a la que no logra pasar, pues, el vapor que le conducía encalla en Cuba. Ordóñez toma otro vapor y va a México y Guatemala. Quiere luego pasar al Perú y va a recalar en Cebú, en donde se encuentra con su compatriota de Jaén, Cristóbal Espinosa de los Monteros.

Apresado por quinientos juncos, es llevado a Picipuci y de allí a Quibenhú, a presencia del Virrey. La infanta real se enamora perdidamente de Ordóñez y éste tiene que vencer mil peligros para disuadirle de casarse con él, como pretendía la infanta real. Logra convertirle a la fe católica y le bautiza él mismo. Así desaparece, dice Vázquez, la posibilidad de que Ordóñez de Ceballos lleve en sus manos el Cetro de los Reinos Orientales de Cochinchina y de Champaá y de que Jaén fuera cuna de Reyes, por ello **Ordóñez es el hijo de Jaén que renunció a un Trono.** Todo esto ocurre a partir del año 1590.

Por fin, deja el Oriente y pasa al Perú. Estando allí, el Oidor de Quito, don Pedro de Zorrilla le llama a esta Ciudad durante la **Revolución de las Alcabalas**, en tiempo del Virrey Marqués de Cañete. Le conceden como beneficio el Curato del pueblo de Pimampiro, en donde se repone de enfermedades y fatigas. Dota a su costa de agua al pueblo. Educa a los indígenas; bautiza a jóvenes, ancianos y niños. Practica todas las obras de caridad. Por fin, abandona Pimampiro y, luego de un viaje de nueve meses, llega a Sevilla, para continuar luego a su amada ciudad de la Santa Faz de Jaén, de donde saliera a los nueve años de edad.

Con su regreso a España termina la etapa turbulenta de su vida y desde su regreso a la patria hasta el año de 1630 en que debía morir vivió en Jaén, dedicado a escribir sus libros. Hubo de viajar a Madrid para obtener permiso de publicarlos. Dice Vázquez de la Torre que en él podemos ver al aventurero en su "Viaje del Mundo"; al clérigo en el libro del "Triunfo de la Santa Cruz" y al patriota en los borradores de la "Historia de la ciudad de Jaén", obra esta última que entregó a Ximénez Patón el 30 de Setiembre de 1616.

Su biógrafo ha insistido mucho en el amor de Ordóñez de Ceballos por la ciudad de Jaén y cita a Emiliano Jos que ha dicho en la "Revista de Indias":

“El doctorando que quiera emplear muchos meses de estudio crítico y documentado de la vida y obras de este cristiano errante, aquí encontrará un espacio oceánico para importante memoria”.

Se conserva en la ciudad de Jaén la Pila Bautismal en que Ordóñez fue hecho cristiano. No se ha salvado por desgracia la lápida que cubría sus restos mortales en la Iglesia de San Pedro, pues, parece haber sido borrada la respectiva inscripción en una que aparentemente debe ser la de su enterramiento.

En marzo de 1957 anunció Aguilar, de Madrid, la edición de una nueva serie de libros, dentro de la que este renombrado editor denominó “**Biblioteca Indiana**”, dirigida por don Manuel Ballesteros Gaibrois. Salió a luz el primer tomo, con cuatro relaciones de viajes, allí reimpresas, siendo la primera la del Clérigo Agradecido, de cuyo libro se reproduce la carátula de la edición principal. También se acompaña un Mapa en que se indican los viajes de Ordóñez de Cevallos y los lugares a donde él llegó, figurando, naturalmente, allí Quito.

La reimpresión de la obra está precedida de un pequeño estudio o noticia sobre el autor, que, por desgracia, nada nuevo trae en la materia. El que la redactó no ha conocido seguramente el estudio del doctor A. Vázquez de la Torre, al que no cita. Pocas notas aclaran algún punto de la obra. Habría sido de desear que se nos hubiera dado un estudio con nuevos datos y documentos acerca del célebre Pedro Ordóñez de Cevallos, del que dice el Padre Rubén Vargas Ugarte en su notable obra, ya citada por más de una vez, “Fuentes para la Historia del Perú”, lo siguiente: “El autor, que en otra obra suya, impresa en Jaén el año de 1628, se titula Chantre de la ciudad de Guamanga en el Perú, vino a América en dos ocasiones; en la primera, no parece que pasó de la Habana, pero, al volver nuevamente en calidad de

gentil hombre de la flota, la recorrió en gran parte. Véase sobre el Perú el Libro Tercero de su obra”.

Es interesante conocer la opinión que en el Ecuador se ha tenido de la obra del Clérigo Agradecido y el comentario que de ella se ha hecho. El señor don Isaac J. Barrera, Director de la Academia Nacional de Historia, ha estudiado la figura de Pedro Ordóñez de Cevallos en el tomo primero de su “Historia de la Literatura Ecuatoriana”, publicado el año de 1944 en la Ciudad de Quito, que contiene datos de la mayor importancia para conocer nuestros hombres y los acontecimientos de la Patria. Al hablar en el Capítulo XVI de esta obra de “La Revolución de las Alcabalas”, anota lo siguiente:

“Este acontecimiento de tanta trascendencia en la vida toda de las Provincias de Quito, ha sido narrado por varios autores, contemporáneos o posteriores, testigos presenciales o poseedores de documentos de carácter oficial. Tales son Pedro Ordóñez de Cevallos (el Clérigo Agradecido) y Pedro de Oña, el poeta chileno.

“El testimonio de Ordóñez de Cevallos tiene el valor innegable de proceder de quien tomó parte en los acontecimientos, si bien participó desde el lado de las autoridades españolas. El capítulo que destina a “el alzamiento de Quito”, forma parte de las innumerables aventuras que relata en su libro “Historia y Viaje del Mundo”, pero demuestra también como el criterio histórico es susceptible de amoldamiento al punto de vista de cada cual y como se rige por los intereses que consciente o inconscientemente, defiende el autor.

En el libro segundo de los viajes se destina el Capítulo XXXVI a tratar del levantamiento de Quito. Ordóñez, requerido por el Oidor Zorrilla y el Provisor Galavis, regresó de sus misiones en el Oriente ecuatoriano, ante las perspectivas de revuelta que se vislumbraban con motivo de la imposición de las

Alcabalas. La relación peca indudablemente de parcialidad, pero contiene datos de gran interés. El levantamiento se efectuó por la dureza del Virrey García de Mendoza y la ninguna ductilidad de las autoridades, que no accedieron a la solicitud del Procurador del pueblo, Bellido, quien pedía se le concediera autorización para apelar ante el rey, con el compromiso de pagar la contribución si el rey negaba la solicitud.

“No sabemos cómo no se ha aprovechado en mayor espacio al tratarse de la historia ecuatoriana, de este libro de Ordóñez de Cevallos, el más ameno libro de aventuras y que muestra la pujanza de la raza española en esos tiempos. Ordóñez recorre todo el mundo una y otra vez; llega a Nueva Granada, pasa a Chile, regresa a España y dando una pequeña vuelta por Ormuzo llega a América otra vez y se interna en las selvas orientales nuestras, pocos días después del terrible alzamiento de las jibaráas contra las ciudades de Baeza, Avila, Archidona, Logroño y Sevilla del Oro. Seis años y siete meses estuvo entre los Quijos, Cofanes, Cocas. Omaguas, los Nujas, consignando en su libro datos preciosísimos sobre estas tierras.

“Como premio a la labor hecha y a la actitud asumida en el asunto de las Alcabalas, en el que el Clérigo Agradecido optó por servir a las autoridades españolas, el Obispo recientemente llegado, Fray Luis de Solís, le concedió el beneficio del pueblo de Pimampiro “en donde lo fui ocho años, como lo diré”. El beneficio de Pimampiro señaló su paso por aquella población descubriendo la acequia del tiempo del “Inga” que estaba perdida, volviendo estériles esas tierras, que tornaron a fructificar. Y ésta es la obra mayor de las emprendidas por este clérigo andariego que parece que llevaba en su compañía a unos cuantos aventureros que le asistieron en todos sus viajes”, (Obra citada, páginas 125 a 130).

HISTORIA Y VIAJE DEL MUNDO
DEL CLERIGO AGRADECIDO
DON PEDRO ORDOÑEZ DE CEVALLOS
NATURAL DE LA INSIGNE CIUDAD DE JAEN
A LAS CINCO PARTES DE LA EUROPA, AFRICA,
AMERICA Y MAGALANICA CON EL
ITINERARIO DE TODO EL.

CONTIENE TRES LIBROS
Con licencia.

En Madrid: por Juan García Infanzón.

AÑO DE 1.691.

Libro Segundo

CAPITULO XXIX

Donde se contiene la descripción de la Provincia
de los Quijos, Cofanes, Omaguas y demás naciones



LEGUE a la tierra de los Quijos, donde pensé descansar de tantos naufragios de mar, tierra y enemigos y allí se aumentaron de tal suerte que todos los que padecí antes era una sombra en su comparación, porque es tierra de montañas, tiene helado hasta la cinta, pues, había veces que para sacar las piernas de él entraba los brazos hasta los codos para hacer fuerza. Es tierra enferma, sin pan ni carnes, si no es monte; son los ríos grandísimos y peligrosos; llueve todo el año y a

veces no escampa en todo un mes. Hay grandes animales y ferocísimos, como son leones, tigres, osos, dantas y otros; hay también culebras, que llaman allá de cascabel, porque suenan como si lo trajesen y es que en la cola tienen una uña como el águila y a los tres años se hacen una cadenilla, que suena como un cascabel pequeño, y de los tres años adelante se les va criando en cada uno de ellos un nudo de las cadenillas. Es muy ponzoñosa y tiene el veneno en aquella uña de la cola, y con ella muerde; es peligrosísima su herida porque si no se pone remedio dentro de 24 horas, mata. Tiene también víboras y escorpiones y caimanes, niguas, que es un género de pulgas, que se entran entre uña y carne y se crían mayores que garbanzos, que hay personas que tienen los pies perdidos de ellas, porque se entran también por los carcañales y van labrando de suerte que se ha visto morir hombre de ellas. Críanse unas moscas azules en el color y en cuerpo grandes; éstas despiden de sí en los pajonales unos gusanillos, que a los que duermen en ellos, que son casi todos, se les entra en la carne y allí se crían como un dedo, que para sacarlos se padece mucho. Hay de día unos mosquitos jejenes y de noche zancudos, y son tan pesados y terribles que hacen unas grandes llagas donde hieren, y, para concluir con esto, hay un sin fin de sabandijas: unas que matan y otras que causan grandísimos dolores; y sobre todo, cada indio de aquellos es una muerte, así los amigos ya convertidos, por quitarles sus falsos dioses, supersticiones y ritos, hechicerías, maldades y embriagueces, como los Aucaes, indios de guerra que cada uno de ellos es un fiero león, deseoso de dar la muerte a quien le reprende y les trata de nuestra santa fe, como se coligará de la historia.

El conocimiento, descripción y mapa de la tierra de los Quijos, la tiene escrita con grande elegancia y puntualidad el Excelentísimo señor Conde de Lemos y Marqués de Sarria, Presidente del Consejo Real de

las Indias, y al presente Virrey de Nápoles, y certifico que yo con haberla medido (como dicen) a pies y a palmos, no la podía sacar tan bien y por esta razón tan solamente tocaré en este lugar, con brevedad algo de ello.

La situación de esta gobernación es de la otra parte de la cordillera, que dista de Quito a la primera ciudad que es Baeza, veinte leguas de muy mal camino. Es tierra montuosa, tanto que llega su montaña hasta las mismas casas, y como es tierra también de pantanos, para haberse de andar las calles y plazas, hay por todas ellas portales. Su altura es medio grado poco más, a la parte del Sur. Su longitud hasta los indios sujetos, cuarenta leguas; su latitud es de quince leguas, corre con ella Leste Oeste. Tiene por aledaños, por la una parte la Gobernación de Yaguarzongo al Sur, por otra la Gobernación de Popayán, y al Este Provincias incógnitas. Fundó y conquistó esta Gobernación año de 59, el Capitán Gil Ramírez Dávalos y la reedificó el Capitán Contero y en otra pérdida el Gobernador Melchor Vásquez de Avila. El escudo de sus armas es la Imagen de Nuestra Señora del Rosario, sentada, y dos indios a sus lados con sus rosarios al cuello. El Rey Don Felipe II, de feliz recordación, le dió privilegios honrosísimos, llamándola muy noble y leal gobernación, y a los Cabildos y a las Ciudades les dió Señoría. Pueden dar solares y estancias, y oyen hasta cincuenta ducados.

Las mujeres de los conquistadores pueden andar en huandos, que es como sillas de manos. Tiene esta gobernación cuatro ciudades: Baeza, que es la cabeza donde reside el gobernador, la cual tiene cincuenta y dos vecinos encomenderos de indios, que es como señores de vasallos, la mitad son andaluces y una parte castellanos y extremeños, y la otra de criollos nacidos allá, hijos que son de españoles e indias.

Hay otros españoles que habitan allí, a quien llaman soldados, porque el nombre de vecino sólo se

da a los que tienen encomienda de indios. Hay setenta y cuatro mujeres españolas: las cincuenta y tres casadas y las demás solteras; tiene indios dos mil ochocientos y veinte y nueve: casados mil ochocientos y ochenta, muchachos doscientos noventa y cinco. Hablan todos ellos la lengua general del Inga, que era Emperador del Perú, que les impuso su lengua general y en particular tienen sus lenguas maternas, por sus provincias y pueblos, y todas diferentes, sólo en dos vocablos se conforman, que es Padre, que llaman Abba, como los hebreos, y Corazón, que lo llaman concepto.

La segunda ciudad es Avila y la otra Archidona, que en vecinos e indios se diferencian poco de la primera.

Estas tres ciudades en triángulo, que de una a otra habrá diez y seis leguas. La cuarta se llama Sevilla del Oro, es en todo un tercio más de las dichas; dista de las otras, si se ha de caminar por la montaña a pie, porque no se puede de otra manera, por ser los caminos fragosos y de pantanos, y así poco usados, cuarenta leguas; y por el camino real que se camina, que es por la Ciudad de Quito, ochenta leguas.

Pagan de tributo a sus encomenderos cada año los de Baeza y Avila, un anaco, que es la vestidura de las indias, y dos liquillas, que es con lo que se cobijan, y otras menudencias de maíz, pescado, miel y otras cosas de menos importancia. Los indios de Archidona pagan de tributo, sacar oro en el gran río de Napo, y otros alpargates y algodón. Los de Sevilla del Oro, lienzo tejido de algodón, pita, alpargatas y tabaco seco y adobado, para tomarse por las narices y boca; y en todas cuatro ciudades, hay el servicio personal de los indios.

Las provincias de los Omaguas distan de Avila y Archidona ciento treinta leguas, y son muchas con este nombre de Omaguas en general, y en particular cada provincia tiene su nombre. Lo que de esta gente

y provincia más en general se puede decir, es que andan desnudos, sin cubrir sus carnes con cosa alguna, aunque en algunas provincias traen las mujeres una pampanilla, que es un pedazo de corteza de árbol, que es una tela que está entre la corteza y el corazón del árbol y con esta cubren sus partes inferiores. Tiene esta provincia quinientas leguas de distancia; han entrado a quererla conquistar y poblar muchos capitanes españoles, y no han podido.

La provincia de los Cofanes está del Valle de la Coca, (a do hay Cura y beneficiado) veinte leguas, que las doce son de montaña, que todas son de árboles de canela, y las otras son árboles de lucumos, que dan una fruta tan grande como la cabeza, de muy lindo sabor y sustento. Es gente dócil, bien inclinada, y si la llevan por el bien, es buena y si por mal, muy indómita y terrible; es también gente robusta y valiente; no los han podido conquistar, antes entrando el Capitán Contero a quererlos sujetar, no pudo y mostraron en esta ocasión la nobleza natural que tienen, pues, teniendo muchas veces en sus manos a algunos contrarios, les quitaban las armas y no les hacían mal, y después se las volvían y aún con comida, y les decían que se fuesen en paz y los dejasen, porque no habían de ser poderosos para conquistarlos.

Hay otras naciones y provincias, que como dicho es son muchas. La provincia de los Tutos, confina con los Cofanes, y junto a ésta, hacia la mar del Norte, cae la provincia de los Pues, que es mucho mayor que todas, de más gente y más poblada, y tiene un pueblo grandísimo que dicen ser de más de setenta mil indios. La provincia de los Nuxas está de la otra parte de un río grande de los Cofanes, hacia los Omaguas; tiene un cerro muy grande de una arena muy delicada envuelta con oro, y así le llaman el cerro del oro. La provincia de los Coronados cae junto a ésta; llamamos los Coronados, porque traen en la cabeza una corona como de frailes, trayendo todas las demás provincias

de indios cabellos largos, sólo que en la frente traen una coleta hasta las cejas. Estos coronados es gente holgazana y toda su tierra no hace labranza y se sustentan con lo que hurtan a sus circunvecinos y de pescar, porque hay mucho en su tierra.

Todas éstas son las provincias y naciones que habitan cerca de los Quijos, las cuales he querido traer, para que conste de ellas, porque como hemos de encontrar sus nombres en lo que se sigue, me ha parecido sería bien dar noticia breve de ellas.

CAPITULO XXX

Donde se pone el alzamiento de los Quijos y la razón de mi entrada a ellos

Esta provincia de los Quijos, después de su primera población sirvió quieta y pacíficamente a sus encomenderos, más de veinte años, y por algunas causas a ellos mal vistas, trataron de alzarse y matar a todos los españoles de aquella gobernación, y para ello se juntaron todos los caciques, que fueron los señores de los indios entre ellos, y nombraron por su general a un valiente cacique llamado Jumandí, y a otro cacique, gran hechicero, le nombraron por Pendi, que es como su dios o sumo sacerdote, cuyo oficio es echar las suertes y declarar los agüeros y sucesos, hablando con el demonio. Junta toda la gente, habían de dar sobre Baeza, Avila y Archidona, el día de año nuevo, que es cuando en aquellas ciudades se nombran Alcaldes Ordinarios y Justicias españoles; y en la de Avila y Archidona no se nombran el propio día de año nuevo, sino el segundo o tercer día de pascua de navidad, para que los nombramientos de las tales justicias vengan a Baeza y los confirme el

gobernador que allí reside (como dicho es) y pensando los indios que era día de año nuevo, que era el señalado, por tener a los españoles juntos en Cabildo y matarlos, dió el Jumandi con la mitad de su gente en la ciudad de Avila e hizo su hecho, matando noventa y tres españoles, y el Pendi, con la otra mitad de la gente dió sobre la ciudad de Archidona y tuvo el mismo efecto; pero como en la ciudad de Baeza aguardaban los indios el propio día de año nuevo, no hubo efecto su mal intento, porque se escapó un indio inga de la ciudad de Avila y dió aviso a la de Baeza y ella a la Audiencia Real que reside en Quito, que envió muchísima gente.

Hubo en este alzamiento muchos casos, que por no hacer a mi propósito los dejo; y así sólo diré tres de ellos. En la Ciudad de Avila estaba un encomendero que tenía una hija niña, la cual con otra indezuela de su edad, criada suya, se fueron hacia un riachuelo que está junto al Pueblo, y cuando oyeron las voces del alzamiento, de miedo se escondieron entre las peñas de aquel río, y así se escapó; hallándola los conjurados, otro día, se la llevaron al general Jumandí, y queriéndola matar, una ama que la había criado a la niña, que se llamaba doña Melchora, y era india muy querida del Jumandí, le dijo que no la matase, sino que la dejase para que sirviese, y que así como los españoles se servían de ellos, de la misma suerte era bien hiciesen ellos y que aquella niña lo hiciese. Sirviéronse de ella por discurso de muchos años, pero guardándole siempre su integridad, hasta que yo la hallé y libré, como en su lugar se dirá. El otro caso fue en la propia ciudad de Avila. Un español se recogió, huyendo de la furia de los indios, con un viejo y otro enfermo que tenía en su casa, y con cinco hijos pequeños tenidos en una india, llamada doña Beatriz, que era cacica, y ella se fue también a recoger con ellos a unos portales de la plaza; llevó dos arcabuces con su munición y allí se defendió varonilmente por

tiempo de cuatro horas, disparando el uno, mientras el viejo y enfermo le carcaban el otro acabósele la munición y cuando los indios se acometían hacía como que los tiraba. Por haberse así defendido y juntamente muerto a muchos de ellos, lo dejaron. Visto esto por doña Beatriz salió de entre sus hijos al medio de la plaza y dando voces a los indios, avergonzándolos con palabras de oprobio; les dijo: gente afeminada y de poco valor, dónde os váis, cómo dejáis aquellos españoles que allí están; mayormente que no tienen ya munición, volved, volved en vosotros. Llegad a ellos y acabadlos. Y con éstas y otras razones se animaron tanto que volvieron y les quitaron la vida a todos ellos, que es uno de los casos más crueles que se pueden decir, que una mujer esforzase y animase al contrario, para que quitasen la vida a sus cinco hijos y al que había tanto tiempo querido bien.

Otro caso semejante a éste acaeció el mismo año y día, y circunstanciado casi de la misma manera, en las provincias de Chile, en la Ciudad de la Concepción, y es que entrándola los indios, ganaron la media y toda la plaza, y no pudiendo los españoles resistir su grande y furioso ímpetu, porque eran muchos, se retiraron al campo. Estaba a la sazón una señora española, llamada doña Beatriz, enferma, y oído el ruido salió a una ventana y vista la retirada de los españoles con un pecho varonil, y con un entrañable sentimiento les dió voces, tratándoles de lebrones, y que cómo degeneraban del valor, brío y esfuerzo español. Díjoles razones tan fuertes y valerosas, que con ellas les hizo cobrar nuevos bríos y alientos tan animosos que volviendo sobre ellos los vencieron a los indios, y a los que tenían ya la victoria por suya los dejaron vencidos.

El tercer caso pasó en la ciudad de Archidona, que por ser de crueldad notable me ha parecido ponerle en este número. Había en aquella ciudad un médico español que tenía en su servicio un indio, que había

diez y seis años que lo tenía en su casa y a quien quería mucho. Retirándose con otros españoles a una casa fuerte, con fraude y engaño le dijeron los indios que, dejadas las armas se fuese a la ciudad de Baeza; al tiempo que lo quiso hacer, subióse en un caballo, y entonces le dijo el indio: señor ¿cómo me dejas? Respondióle: hijo, no te dejas, antes quiero que vayas a las ancas del caballo y vengáis donde yo fuere, y no creas de mí tal cosa, que primero perderé la vida que dejarte. Subió y en el camino sacó un cuchillo jifero, y le dió con él de tal manera, que le abrió las espaldas y mató, pagándole con esta traición y maldad su mucho amor que le tenía y la crianza de tantos años.

Volviendo a este alzamiento primero, digo que el fin que tuvo fue que como no pudieron salir con su intento los indios y llevarse la ciudad de Baeza y como del socorro que el General Bonilla envió a la de Archidona, el Capitán llegó a lo alto de la tierra que divide los caminos de Avila y Archidona, y de allí sin dar el socorro, por pensar que ya estarían muertos se volvió. De allí a pocos días llegó toda la gente de guerra de la parte de los indios sobre la ciudad de Baeza, donde hubo una sangrienta batalla, donde murieron más de cinco mil indios, y ganaron la ciudad, aunque, como gente bárbara y sin consejo, la volvió a dejar. Y fue de notar que en más de quinientos españoles que hubo no murió ninguno, sólo el capitán que llevaba el socorro a Archidona, éste pereció, y parece que fue castigo de la mano de Dios, pues, pudo socorrer a los otros y no lo hizo. Prendieron al General Jumandí y al hechicero Pendi y a los otros caciques, de los cuales hicieron justicia en la ciudad de Quito. Visto esto por un hijo de Jumandí, retiróse a las provincias de gente de guerra y la sustentó por muchos años.

A éste se siguió otro, y fue la causa que entrando un mestizo en los indios de la Coca, se enojó con un cacique, y le echó un perro que lo lastimó mucho,

haciéndole casi pedazos una pierna. Este, enojado y sentido en extremo, convocó toda la tierra y al hijo de Jumandí, para dar sobre todas aquellas ciudades de la Gobernación. Estando todos los caciques en una pesquería juntos, llegó súbitamente una garza blanca y se sentó en medio de ellos, levantándose para cogerla, se quedaron algunas plumas de élla en las manos y dando un gran vuelo se fue. Parecióles cosa notable y caso peregrino, y así juntaron, como son tan grandes agoreros, a sus hechiceros, para que les declarasen qué podía significar aquel caso. Los cuales declararon que la garza significaba a los españoles, por ser blancos, a diferencia de ellos que son morenos. El coger las plumas, dijeron que era dar muestra de cómo había de matar a muchos en aquella cercana y próxima guerra; y el volarse e irse con curso tan veloz, fue declarar cómo se habían de ir todos los demás españoles que quedaran vivos, dejando así su patria desocupada y sus personas sin servidumbre. Con esta adivinación, aunque bien falsa para ellos, se acabaron de animar y con la inquietud que entre sí llevaban para hacerlo; fue sabido de los españoles y así avisaron a la Real Audiencia de la Ciudad de Quito, y esto fue al tiempo que yo llegaba a ella. Bien cansado de caminos y fatigado de peregrinaciones, que fue ocasión de llamarme y mandar que entrase a esta pacificación; y así me nombró el Provisor don Francisco Garavis, mi amigo, por Cura y Beneficiado del Valle del Coca y demás indios que poblase; y la Real Audiencia me dió poderes para que entrase gente conmigo, para apaciguarlos y atraer y puesto en ejecución sucedió, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXXI

De cómo reduje a los Quijos. Las Capitulaciones que con ellos hice, y de otros acaecimientos.

Estando a mi cargo la jornada dicha, compré todo lo necesario, así de comida como de municiones y otros pertrechos de guerra, que fue donde gasté más de nueve mil pesos de los que traje del viaje, y los otros nueve mil en moropachas, mantas, frazadas, agujas capoteras, sombreros, sal, bizcocho y algodón, para darles a los indios, después de reducidos. Junté sesenta hombres españoles y por su caudillo al Capitán Salazar. Con esta gente entré en la ciudad de Baeza y de allí despaché a un indio inga al Valle de la Coca, a tratar con los caciques y decirles que se viniesen a ver conmigo, que sólo partía hacia su tierra sin otra gente alguna. Y así fue que por la banda del río grande de la Coca que cae hacia Baeza fuí once leguas a pie, porque todas las puentes las tenían quebradas los indios porque no pasasen los españoles. El inga y mi indio Baltazar pasaron por una puente de sogas que hicimos atadas en los árboles de una banda a la otra. Llegado a la Coca les habló y dijo cómo la Real Audiencia no quería que los castigase, y por esto enviaba un Sacerdote por su Cura y beneficiado y con poderes para perdonarlos. Vinieron, oído esto, tres caciques con él, fueron: Don Diego Pargata, don Diego Suca y don Francisco Umbaté, a los cuales recibí benignamente y abracé mandándoles sentar y cubrir, porque los indios no se cubren, ni sientan delante de los sacerdotes. Hincáronse de rodillas y besáronme las manos; yo les prometí favorecerles y ayudarles en todo lo que fuese justo y razón como su Cura y padre. Vestílos a ellos, y a los que con ellos venían, porque es gente que va en cueros; y les dí mucha chaquira, que son cuentas que ellos se echan al cuello y estiman

en mucho. Asenté la paz con ellos, haciendo las capitulaciones siguientes.

Capitulaciones con los caciques del Valle de la Coca

Primeramente se determinó que el General Quispa Senacato las aprobase, y pidiese las demás que quisiese. Segunda, que a todo género de indios de la Coca de los caciques, antes sujetos a los españoles, fuesen perdonados generalmente, así de la vida como de otro cualquier castigo, merecido por el alzamiento presente. Tercera, que por aquellos dos tributos venideros de San Juan y Navidad, no les pagasen. Cuarta, que les dejasen por dos años sin poblarse, a do ellos quisiesen morir. Quinta, que para siempre jamás no les quitasen sus atambores. Sexta, que por dos años no envasen sus encomenderos españoles a todo aquel Valle. Séptima, que por dos años no les competiesen a hacer puentes de madera. Octava, que por los dos años no cargasen indios de la Coca sus amos, con comida ni otra cosa. Nona, que al mestizo lo desterrasen de Baeza por cuatro años, o castigase la justicia según su culpa.

Las capitulaciones que yo les pedí, fueron las que siguen. Primeramente, que todas las Iglesias las hiciesen luego, a do yo les mandase. Segunda, que me dejasen castigar con sólo azotes, y quitar el cabello a todos los hechiceros que les hubiesen aconsejado mal. Tercera, que las juntas que para sus comidas y bebidas hubiesen de hacer, fuesen con mi licencia. Cuarta, que por lo que tocase a misa y doctrina, los pudiese castigar. Quinta, que a los indios e indias que tuviesen repudiando sus legítimas mujeres, y a los amancebados, los castigasen. Sexta, que aquellos dos tributos que no habían de pagar a sus encomenderos en toda la tierra, se hiciesen doscientas líquidas para pagar el estipendio. Séptima, que me diesen de comer

y me llevasen las cargas. Octava, que hiciesen un puente de sogas, luego, a do les pareciese junto a Baeza, para poder pasar y en río de Pindollata otro. Nona, que los españoles que yo metiese para pasar para abajo, entrasen libres y nos diesen lo necesario para ellos, pagándoselo.

Con estas capitulaciones y presentes para Senacato y otros caciques, los despedí, fueron y tornó Pargata con todo aquello aprobado, y otro que pedía de nuevo de la manera siguiente:

Yo el General Don Diego Quispa Senacato, señor de linaje de todos mis pasados, como caciques que fueron desde Orisagua hasta el estrecho y salto del gran río, cordilleras y montañas, caciques del gran cerro de Nuja y Minas, y ahora sujeto cacique de la encomienda de mi buen amo Hernando de Araujo, digo: que yo hice llamar a Juan Ladino, indio de Quito, retirado a los Cofanes, para el alzamiento grande, y con él vide y me declaró la buena venida de nuestro Cura y las capitulaciones hechas por él y por mis caciques. Todas las cuales diez y ocho apruebo en mi nombre y el de todos los demás caciques, y pido otras cinco y concedo otras cinco, las que nuestro Padre quisiere: y el dicho Juan Ladino las escribió y firmó por mí y por todos.

La primera, que perdone a todos los indios de este valle y de todas las demás naciones cualesquiera que sean, que han delinquido en el alzamiento grande, y en españoles, indios y perros, y robado cualesquier cosas a quienquiera que sea, en guerra o fuera de ella, o cometido otros cualesquiera delitos de veinte y dos años a esta parte. La segunda, que todos sus blasones de ocumares, pomas y cusillos, que son osos, leones y micos, no se los quitasen por veinte años de sus puertas. La tercera, que si se poblasen le diesen a cada cacique los sujetos, compeliénloles a asistir a sus pueblos. La cuarta, que todos los españoles que el Padre u otro capitán entrasen, no fuesen a su tierra,

y si hubiesen de pasar, sólo una noche estuviesen allí, no obligándose a darles nada por dinero ni de valde; y si hiciesen algún agravio, lo tasasen al Padre y le hiciesen pagar. La quinta, que por cuatro años no competiesen a ningún cacique a ir a Baeza.

Esto es lo que ellos pidieron segunda vez; y lo que yo, es lo que sigue: Cuanto a lo primero, que todos los atambores de los altos de los montes los quitasen y los llevasen a casa de los caciques. Lo segundo, que todas las tierras que tenían, con maldades de caminos y arriba despeñaderos de grandes piedras y árboles antes que yo entrase ni la gente, las despeñasen todas, luego, avisándome de todo en particular y llevasen indio mío que las viese despeñar. Lo tercero, que se me diesen en los pueblos grandes, cuatro mitayos (como si dijéramos jornaleros) por día, para tejer, y en los pequeños a dos, pagándoselo, y que me hilasen y tiñesen todo el algodón y lana necesarias. Lo cuarto, que los pudiese compeler a vestirse y a dormir en cama y a saludarse cuando se encontrasen y a otras pulicias humanas. Lo quinto, que pudiese crear fiscales, alcaldes de doctrina, alguaciles y todo lo demás que necesario fuese, tocante a la doctrina; y así hice todos los perdones en forma y lo firmé, y testigos, y se lo envíe.

Vino luego Quispa a verme, con un gran presente de miel, pescado seco y fresco, micos, y papagayos secos, y vivos, y muchas carnes de monte, y otras cosas que entre ellos se estima, y me besó la mano y me dijo que para la gente me mandaban trescientas fanegas de maíz. Yo le regalé, y dí otras cosas, con que se fue muy contento. Quedóse conmigo Juan Ladino, que era un malísimo indio, cruel y así tenía muchas muertes hechas e infinitos robos perpetrados. Hartábase de llorar y decía: Padre, que me has perdonado y puedo yo ir libre a Quito y salir a confesarme. De gozo no cabía y me sirvió muy bien, como se dirá.

La gente española era ya llegada y así fui a Baeza. A la partida a la Coca, me vino Juan Ladino a decir que había gran discordia entre los caciques, unos con otros, sobre derribar los cerros y emboscadas de piedras y palos, que decían que aquella era su fuerza, y no me dí por entendido. Partí con treinta hombres, pasé el río grande por una puente de huascas que los de Baeza habían hecho más acá de Orisagua, a do solía estar la de madera, que como no había quien lo defendiese, en breve la hicieron; y el río de Pindollata, por una puente de madera muy buena, que toda la gente de la Coca había hecho, con muchos corredores y dos ramadas de paja sobre los estribos que durar ha hartos años. Llegué a Pindollata, porque no hallé indio ni cacique en Tangosa, ni Orisagua, ni en Condapa. Allí hallé aquel cacique con hasta veinte indios, que dijo no tener más sujetos, y bien triste. Era muy mozo, y dijo estar así por las amenazas que los demás le hacían. Yo lo consolé y prometí ayudar. Fui a Tonta y no hallé persona. Tuvimos allí consejo, y fuimos por la orilla del río dos leguas de Sucanos. Convino subir a la sierra media ladera por estar allí el camino muy malo. Al subir me dió un temor el corazón, y lo dije, detuve la gente y llamé a Juan Ladino y le dije: no irás a Suca, y llamarás a aquel cacique y sabremos por qué aquí se atajó este camino; y sube por la sierra y así fue orilla del río. Llegó a Suca, y habló a Don Diego, cacique de allí, y sólo respondió: dile a mi Padre que yo no puedo ir, que los caciques se han de dar batalla unos a otros; y que en la brevedad de su pasada de este mal paso, está al sosegar la tierra. Tornó, y aunque eran las diez de la noche pasé e hice marchar luego.

Pasamos aquellas dos leguas hasta vista de Suca. Al amanecer hice tomar un alto con doce arcabuceros, y disparar por el aire, y otros doce por el río, que respondiesen y marchasen hacia dos bohíos grandes que estaban allí. Suca salió, y me besó la mano y me

dijo: sabes Padre por dónde has pasado esta noche? Por todo el peligro de esta tierra, y a do confiaban los caciques que no quieren pasar por lo capitulado, y ahora verás como todos vienen. Fue cosa de ver, que tocó este cacique Suca en su casa unos atambores que tienen puestos allí, que son cuatro palos muy gordos, huecos y con unos mazos de palo, atada una cera que hay en la montaña con unas sogas de bejuco, y luego derretida se hace un betumen blando en el tiento y muy durable, y con aquellos tocan y se entienden todo lo que dicen. Tocó, pues, los atambores, y con estar de allí cinco leguas lo oyeron todos los caciques indios; y aunque entre ellos había discordias, porque unos decían que sirviesen a los españoles, otros, que pues habían pasado casi un año sin tributos, que no sirviesen más, antes que al pasar los españoles por el peligro, los matasen a todos. Y para que se entienda lo que es el peligro, es un género de estratagema diabólica que usan; es, que en los altos de los cerros más encumbrados, cortan árboles muy gruesos, y atracan piedras grandísimas, y todo está asido con bejucos de aquellos árboles; lo detienen así hasta que pasa el enemigo, y luego lo hacen caer, y con el ímpetu y fuerza que cae, se lleva tras sí todo cuanto encuentra, por ir siempre el camino a media ladera.

Aquel día se habían querido dar batalla, y se concertaron en lo que dijese dos hechiceros, cada uno de su banda. Así como oyeron los atambores desmayaron y pasaron acá y a porfía por quien había de ser el primero en venir a darme la obediencia. El primero que llegó fue Laipiti de Obregón, un cacique de Tanger, y vino solo y me abrazó. Díjole Juan Ladino: cómo no te hincas de rodillas y besas la mano al Padre? Hízolo así: mandéle sentar en unos palos bajos que hay para esto en las puertas de las casas de los caciques: díle un mate de chicha de mi mano, que es un vaso de vino, una moropacha, que es para encima como capa, y camiseta, que es vestido, sombrero y una

espada vieja, que para este efecto llevaba más de ciento sin guarniciones. Díle también una caja de dos cuchillos carniceros, y dos cajas de bohemios y chaquira colorada un manojo que le eché al cuello y otra para su mujer de chaquira morada que llaman gualcas, y una carga de sal y un paño de agujas capoterías. Luego llegó Cenefa y su hijo y Tangel y a todos dí otro tanto. Llegó aquella noche Yacosagua un cacique de los de arriba y con su hijo Don Felipe y su bella mujer doña Angelina; Don Juan Quispari y Don Juan Sondoca y Don Juan su hijo. Sentáronse por sí, como contrarios de esos otros caciques. Hice a cada uno por la misma orden su presente, regalándolos con palabra sin tocar a unos ni a otros, por más ni menos amigos. Llegaron luego Roldanillo, Don Felipe Quispa, Don Juan Cuti, Don Pedro Yucapu, Don Juan Tonta, Don Andrés Tangosa, Don Francisco Orisagua y Don Pedro Condapa, y tres o cuatro caciquillos de menos indios, y a todos regalé por el propio orden, y con unas mismas dádivas. Comenzaron a tañer unos sututos, y pregunté qué era aquello; dijo Yacosagua en la lengua general: señor Padre viene el general y tu amigo, Parga y Umbaté y Suca; y así llegaron, y besada la mano sentáronse con los de su bando. La gente española tenía tomado el camino por do venían, la casa de Suca, y otro buhío grande que allí estaba y hacia el río, que es un paso angosto. Fui avisado que parecía cruzar indios de una banda a otra, y por los cerros muchos de guerra, todos con armas. Dí el nombre e hice que estuviesen con aviso y no diesen a entender a los indios que los temían.

Después que presenté a todos éstos lo propio que a los demás, llamé a Pargata, y le dije que si los caciques se quisiesen ir a descansar, que licencia tenían y que viniesen otro día y les diría lo que habían de hacer. Todos se despidieron, y los caciques de abajo se fueron primero hacia el río, y luego los demás se entraron en la casa del Suca. Díjome Juan Ladino

cómo había entre ellos discordias y se quejaban de mí que a todos los emparejaba, y que si no fuera por darme pesadumbre, que había dicho el general que estaba por quitárselo y decirle sus huchas, que son los pecados, como quien dice: Hoy eras enemigo y decías que a nosotros y a los españoles era bueno matar, y ahora en los presentes nos igualas. Yo hablé a Senacato aquella noche y le pedí no tratase en cosa de aquello, porque aquella era mi hacienda y la daba yo como quería. Otro día se juntaron; lo primero que me pidieron, que los españoles bajasen abajo de Tanger a la tierra de guerra, y yo se lo prometí y les pedí fuesen amigos. Dijo el hijo de Cenefa: señor Padre, mientras teníamos necesidad de general para la guerra, éramos sujetos a Senacato, ahora que de paz hemos de servir a los españoles, decimos todos y yo en su nombre que si no es al Rey Don Felipe, no reconoceremos otro señor, pues, cada uno lo es de sus indios, y a los españoles que son nuestros encomenderos y a tí como a nuestro Padre y Cura; y así como de aquí en adelante no envíe a mandarnos cosa. Sentóse, y en un instante se levantó el Senacato y le cogió de los cabellos y le dijo: perro vil, hijo de cacique de ayer acá, cómo sin primero hacer la ceremonia que se usa entre nosotros, quieres que deje el cargo? Levantáronse los unos y los otros y en un instante todos tenían sus armas. Yo mandé a los soldados calar sus mechas y dije en lengua general: caciques abrid los ojos, que ninguno se ha de apartar de donde están, aunque sean los mayores amigos, sin que os maten; y si vienen vuestras gentes en armas, no ha de quedar indio a vida; sentaos luego. Como en el aire estaban los demás españoles en sus puestos. Callaron y llegué, y a todos, yo y el Ladino y Baltazar mi indio, les quitamos las armas, y a cada uno le dí con el dardo un palo, si no fue al Senacato, que le amagué y no le dí. Hice luego quebrar a todos aquellos dardos, que, sin saberlo yo, fue aquella entre ellos una

ceremonia de paz. Luego los hice amigos y Senacato dejó, con las ceremonias usadas, su cargo y por ser ridícula la pondré aquí.

Siéntase en una tianga grande de palo, que es a modo de una silla, y allí, cuando lo hacen general, cada cacique trae una cosa y lo adornan. Sentóse allí muy galano; llegóse su teniente e hincó la rodilla y como por fuerza, sin abrir la mano por arriba le quitó un dardo muy galano, que tenía en la mano derecha. Otro una rodela, que tenían enlazada en la otra. Otro unas plumas que se ponen en la cabeza como corona. Otro, otras que le cuelgan a las espaldas. Otro unas patenas de oro, que tienen al cuello. Otro las narigueras de oro de las narices. Otro, la patena del beso de la boca. Otro las orejas de oro. Otro toda la chaquira del cuello y espaldas. Otro unos huesos de los brazos, que tienen atados. Otro, otros que tienen ceñidos por medio del cuerpo, y unos cascabeles. Otro la moropacha de los muslos. Otro la de las piernas; de suerte que le dejan en cueros, sin cosa, si no es una trenza de pita que le atan, cuando nacen por la cintura, que se está allí. Verlo primero es contento, porque está galano, de más colores que un papagayo, y después es para reír el verle. Hácenle un razonamiento, que mandé que fuera en la lengua del Inga, para entenderlo. Dícenle que ha usado su cargo muy bien, y que no hacen aquello sino por su uso, y para que de allí adelante no sea su general; y en testimonio de que cuando lo nombraron le fueron poniendo aquello y besándole la mano, lo tornaban a quitar sin besársela, y que él era cacique de sus sujetos; y todo aquello que le quitaron era suyo, y se lo ponían sobre aquella silla, y lo recibían por amigo y no por señor, y le presentaban en pago de su trabajo, dones que le fueron dando. Uno, dos patenas de oro, como platos, para el cuello; otros, otras piezas de oro a su uso. Chaquira, plumas y un millón de presentes, que duró dos días; y lo numeré según ellos, y el Ladino me dijo

que valdría hasta mil ducados. El los convidó a beber tres días en su pueblo, para el domingo venidero. Presentóme a mí cada uno una patena y yo las iba dando a los soldados. Pidiéronme licencia para esta borrachera, díla y díjome el Senacato que pasasen los soldados abajo de Tanager, por los indios de guerra y les tomasen un paso que allí estaba y una sierra y que todos vendrían a beber, y a la vuelta se irían quietos, porque suelen matar gente y después van ellos a la venganza y suele costar muchos indios. Hícelo luego así; ellos convidaron toda la tierra de Baeza y de las otras ciudades, y de guerra se debieron juntar más de doce mil indios. Yo me bañaba (como decimos) en agua rosada cuando los veía pasar y les iba dando cosas así como iban pasando. Supe del Ladino otro camino por la tierra de Cofanes, que toda es (como queda dicho) más de doce leguas de árboles de canela. Allí había un gran artificio y todos los altos los cogí. Acabada su fiesta, o embriaguez, que duró quince días, que era menester hacer un libro entero de las cosas que en ella pasaron, de presentes y amistades, de supersticiones y cosas, que es lástima cual está enseñoreado el demonio de esta gente de montaña. Dios los traiga a su verdadero conocimiento. Volvíanse todos los caciques cofanes por sus caminos de la sierra, y los de la montaña abajo de la Coca, por el paso. Los Coronados y Tutus, Niguas, Nujas y otras naciones, por su camino, por la otra banda del río.

CAPITULO XXXII

De cómo prendí a todos los caciques de guerra y los envié a Quito. De la entrada que hice a los Cofanes

Había en el tiempo que duró la borrachera, avisado a Baeza al general Don Fernando del Alcázar

de Sevilla, hermano de Don Francisco de Alcázar, señor de la Palma, que como que venían a beber tres a tres, y sin que lo entendiesen, me enviase indios y españoles, envijados y teñidos con vitos, y con cabelleras, (que es el traje que los indios llevan, cuando van, y están en sus embriagueses), de aquella manera tuve trescientos y veinte indios y cuarenta hombres, y otros que venían. En llegando los caciques los prendían y echaban en colleras, y a los indios los dejaban ir a sus tierras, que sin cabezas es esta gente muy humilde. Y así prendí diez y siete, Cofanes de los de abajo; treinta y un caciques; de los de la guerra de Avila, otros cuarenta. De todos ellos me dieron luego la paz los Cofanes, sino que en seis años no habían de tributar más de regalos a su albedrío, y otros dos años sólo sembrar algodón, y que no había de entrar en diez años más de un español sólo, y el padre, y los mayordomos fuesen indios de la Coca; y así hice mis capitulaciones, y les dí un traslado que prometo lo guarden bien, aunque por casos se han alzado dos veces. A Laipiti, su cacique principal, le dí presentes y a los otros menos y así los envié libres a su tierra y mandé derrumbar aquel cerro, que es cosa de ver la destrucción que hace. Quedó de allí el camino robado para siempre, hasta que yo hallé otro, viniendo huyendo, que salí a Senacato que es el que ahora se usa. Los de abajo dieron la paz con su sujeción de tributos.

Los caciques que diré, porque los poblé con sus sujetos, e hice Iglesias y doctriné de allí adelante, catequizándolos y bautizándolos, el primero fue Ambocagua, que está del postrero pueblo de la Coca veintisiete leguas. El segundo, Vecho, que dista de éste nueve leguas. Otro, don Alonso, y otro don Pedro: éstos no quisieron el nombre de sus tierras. Otro fue Tanxipa. Otro que se llamaba Ducho. Otro que tenía por nombre Dica; y es de advertir que los pueblos tienen los nombres de sus señores que son los caciques.

Recogí cinco caciquillos, y luego el pueblo que yo compré de indios de rescate que bauticé y poblé, como se dirá. Los demás caciques ninguno quiso dar la obediencia, diciéndoles que todos habían de ir a Quito a la Real Audiencia. Un cacique de los Ríos me dijo que no le enviase; que aunque no me diese la obediencia me sería amigo, y si fuese allá me favorecería de todos. A éste le hice grandes presentes y bauticé y puse por nombre Don Felipe. Otros dos sujetos de éstos, así mismo me los pidió, bauticélos y tuvieron por nombre: Don Gregorio y Don Fabián; díles dádivas y los envié a sus tierras; y decía que mirasen que aquellos los había de vestir la Real Audiencia y regalarlos. Otros cinco del Valle de Don Pedro, también envié sin obediencia; sólo la juraron al Padre de la Coca, una vez cada año, y al Rey, de las cosas que cogían lo que mandase el Padre; bauticélos y los envié. Con cada uno de éstos enviaba un indio que sabía las oraciones, para que las enseñase mientras yo llegase. Los demás los despaché a Quito con doce hombres y con los indios. Escribí a aquellos señores lo que pasaba y que regalasen a aquellos y vistiesen, y después los amenazasen, sino daban la obediencia, que se habían de estar allí y otras particularidades. Que los llamase cada día el Presidente y les hiciese entender que llegaban cartas mías rogando por ellos; y que los señores Oidores se enojasen conmigo diciendo que si no fuera por el Rey de España que me quería mucho, y me había enviado a ellos, para que me enviasen a sus tierras, que los había de ahorcar como a Jumandi y el Pendi, y les enseñasen las cabezas, que todavía estaban allí junto a San Blas en la horca. Envíe también memorias que les leyesen y los Secretarios de por sí, que eran del Rey, a do los nombraba y a sus tierras, minas, cerros y ríos, y aún hijos y mujeres, que todo se hizo; y fue cosa de admiración la afición que me tomaron y el tiempo que anduve por sus tierras; mil veces me

mataran si no fuera por aquello. Estuviéronse allá los que menos, dos meses, y otros, cuatro y seis como, y según convenía.

Dí una vuelta a toda la Coca y dejé nombrados sitios a do se había de poblar y hacer iglesias, que a su tiempo diré. Dejé la traza de las Iglesias, plazas y casas de caciques y de Fiscales que nombré. La gente caminaba orilla del río a los Cofanes, que hay por allí diez y siete leguas, y por donde se va ahora doce. Es cosa de grande contento y camino de mucho placer, porque la cordillera todo es canela, y por acá abajo todos son árboles de lucumas, que es una fruta como la cabeza, de grandísimo sabor y olor. Llegué cerca de los Cofanes y usé una mañana, que por el río abajo eché cuarenta hombres, pasando aquel famoso río por el salto en el angostura, con unos palos o guaduas, que son unas cañas como el muslo. Angóstase aquí el río en menos de treinta pies, teniendo arriba, antes que se apriete, más de una legua de ancho, y después del salto, por partes más de dos; y a la vuelta lo pasamos por debajo del salto, sin mojarnos, y sale debajo de aquellas peñas como un hombre de agua tan caliente, que en ocho días pedernales y piedras durísimas las hace piedra pomes. Allí sirven maderos de dos géneros, que es de admirar, guazapilles y palos, piedras, que en echándolas en el agua se vuelven piedras, y en la fría se ponen muy duras y en la caliente fortísimas.

Los cuarenta hombres con Pedro de Lomelín despaché, y yo me detuve once días una legua de los Cofanes; porque está un cerro que se sube con palos atados a mano, y entre las peñas hay unos vejucos en que nos asimos, que es maravilla. Pareciéndome que llegarían, caminé y me tenía dos emboscadas Laipiti, que como trajo gente y para haber de caminar le daban las armas, bien pudiera hacer lo que quisiera. A medio día dieron gritería y parecieron las emboscadas. El cacique no se quitaba junto a mí y me

pasó con él lo del Rey don Alonso de Toledo, que como me alboroté y los españoles también, teniendo dijo, espera que no os harán mal, y el ladino debía saber, porque aseguró a todos y me dijo: ahora, Padre tú y tus españoles estáis en mis manos, y os podría matar. Ahora hago las mismas paces, como libre. Yo le abracé y agradecí. Llegamos acerca de lo alto a do habíamos de dormir a media noche, cansados de subir escaleras; antes que llegáramos vinieron y le dijeron cómo otros españoles llegaban; y preguntó el ladino si eran nuestros todo en su lengua, y disimularon. Envió a mandar les diesen lo necesario, y después que me dejó sosegado se fué, y el ladino, y a do estaban llegó casi al amanecer y le contó a Pedro de Lomelín lo que pasaba, y se espantó que sin saberlo él entrase aquella gente en su tierra; y era como todos estaban acá con cargas más de trescientos; aderezando los caminos, más de mil; en las emboscadas, dos mil, que son todos los Cofanes; y este sólo cacique tiene mil ochocientos.

Pasé de allí a los Ríos once días de camino, y estuve con el curaca mi amigo don Felipe. Vi toda aquella tierra, y en las puntas de los Ríos fortifiqué un palenque que en un cerrillo hay a do hay agua, e hice entrar gran suma de maíz y pescado y carnes de monte, e hicieron ranchos bajos de vara en tierra, y allí dejé la gente para que no me corriera toda la tierra y yo me vine por aquella banda siete días de camino a Ambocagua, que es el primer curaca sujeto.

En un llano hice una plaza e Iglesia; cuatro buhios largos de antinales y junté allí toda su gente. Fue víspera de la limpísima Concepción de la Virgen, y así le puse este nombre a Ambocagua. Despaché a los demás, para que tuviesen madera, y paja junta con tiempo, para cuando yo llegase. Fueron los sujetos a éste, setenta y tres indios, con mujeres y muchachos doscientos, que a muchos bauticé, porque los indios ladinos en lenguaje general, que yo envié, los tenían catequizados y enseñadas las oraciones; y a otros

viejos que lo pedían con gran encarecimiento. Vecho tendrá en todo ciento y setenta almas. Don Alonso y Don Felipe a ciento y cincuenta más o menos. Tangipa, otros tantos. Don Pedro ciento y veinte. Habrá en aquel gran valle quinientos indios y serán entre todos dos mil y quinientas almas. De éstos contaré por sí, porque se podrían gastar muchos pliegos de esta gente y de esta tierra y valle; bajé al río.

Ducho y Dica, tendrán entre ambos trescientas y cincuenta almas. Poblé todos estos pueblos, que son ocho, y bauticé más de cuatro mil almas. Tardéme en todo esto dos meses y veinte días. Salí a la Coca y ya todos daban prisa para los pueblos. Señalé dos lugares y pasé a Baeza y de allí a Quito.

Llegado a Quito fuí a besar las manos de Su Señoría el señor Obispo Don Fray Luis López de Solís, un gran cristiano, que era recién llegado. Recibióme con tantas muestras de amor, que no le faltó sino salir hasta acá afuera. Díjome que cuando le decían tantas cosas de mí, que le parecía que debía ser algún viejo, y me animó tanto y dijo tantas cosas, cual puede y sabe decir un tan gran teólogo como él era y tan amigo de Dios, que era en la virtud señaladísimo. Fuí a ver al Presidente. Tratamos grandes cosas acerca de aquellos caciques y lo que estimaba mucho era que sin guerra hubiese de aquellos bárbaros tantos sujetos y cristianos. Pidióme les favoreciese mucho. Quedó tratado lo que se había de hacer, conforme diré y se verá. Otro día los prendió a los caciques y yo fuí a verlos y me pidieron los sacase de allí. Guardéme del ladino, antes le dije que porque no hiciese justicia de ellos venía. Metí petición sobre ellos, y me hallé en la Audiencia y hablé y dije muchas cosas. Sacáronlos con grillos y el ladino les decía lo que mandaban aquellos señores. Un cacique dijo en su lengua sólo estas palabras: Dios, Jesús, María, Rey Felipe, Audiencia, Obispo, Padre, señaló dando de manos. Lo demás no quiero, corta la cabeza. Entendieron sus

razones, y que por ellas daba la obediencia al Rey y en su nombre a la Audiencia y al Obispo y al Padre que allá los visitase, y que no quería otra cosa, aunque les cortasen las cabezas. Yo les pedí y volví por ellos, y el ladino fue luego y se lo dijo. Y como el Presidente decía: ahorcarlos es mejor, y enviar ahora mil hombres a su tierra y que pueblen y paguen doblados tributos, entréme con ellos en la cárcel y envié a decir con el ladino a Su Señoría que no había de salir de allí si no me los daba. Y así los mandó llevar ante sí y les dijo mil cosas con el ladino, y que me agradeciesen las vidas, y que mirasen lo que hacían, que ya venían los españoles que había, que los había de enviar allá; y luego los regaló y todos amedrentados decían que sí. Salimos fuera y estaba por mandado del Licenciado Cabezas el Alcalde Mayor de los Indios de Quito, Don Diego de Figueroa, y dijo que él venía con aquellos Alguaciles para ahorcar aquellos presos, que ¿cómo habían de servir ellos a los españoles y aquellos no? Todos callaban yo le rogué por ellos. Fuimos en casa del Oidor, y les hizo otras pláticas. Luego fuí en casa de Su Señoría, y como había en el pueblo aquella fama que los habían de ahorcar, los salían a mirar como a resucitados. Su Señoría les dió a todos de comer y yo comí con Su Señoría y me despedí de él con grande admiración suya de ver cuán en breve me quería volver. Con todo ello me detuve otros dos días, y convino que cinco caciques de aquellos quedasen en Quito por lo que entre ellos hablaron y presos. Mandáronme dar aquellos señores mil pesos, y yo les pedí empleados en cosas necesarias. Su Señoría dió quinientas camisetas; otro caballero doscientas moropachas y otros dieron otras limosnas, que sería todo otros mil pesos. Su Señoría predicó y dijo la limosna que era y cómo gastaba yo sólo en lo que ahora llevaba cinco mil pesos, y que eran necesarios para sacar aquella gente muchas dádivas, y a cada peso echó cuarenta días de perdón. Dejé a Ortiz allí

y compradas dos mil arrobas de algodón y dos mil frazadas y muchas camisetas y mantas blancas, y moropachas, y liquillas, chicas para cubrir las indias, que de cada manta hacía cuatro, y las daba a señoras para que las repulgasen, que lo hacían con muchísimo gusto, sin muchas que dieron ellas. Compré también bizcocho y otras municiones, en que gasté los cinco mil pesos, sin diez mil en que me empeñé. En el camino, y de allí a Tumbaco salían indios con cusmas viejas e indias con liquillas y llené de aquello sólo, cinco caballos cargados. Fue cosa para dar infinitas alabanzas al Señor, pues, su Divina Majestad lo hace todo; que cuando fue Ortiz y conté todo lo que se había hecho y dado de limosna con viejo y nuevo, eran más de once mil piezas. Llevé doce arrobas de chaquira, que envié a los llanos por ella, y me estuvo la libra puesta allá a seis reales, una con otra, que fue gran cosa.

Sólo dos días estuve en Baeza. Hallé allí más de trescientos indios que me esperaban de la Coca, y como ellos llevaban las cargas, dábamosles a dos arrobas a cada uno. Llegué a Tanger, que en cada lugar no me estaba más de dos días, bautizando a muchos niños; dábales algodón, y lo dejé repartido para ellos, y que lo labrasen. A los impedidos, a anaco, y a los más recios a dos liquillas, que es lo que ellos pagan de tributo. Pasé abajo de Tanger y recogí aquellos caciquillos y de todos hice un pueblo, cada uno de por sí, y la Iglesia en medio. Hasta allí no despedí a ningún cacique y era cosa admirable lo que me querían. Allí llamé a los Nujas y les pedí tres cosas: que fuesen cristianos; que se poblasen y que se vistiesen y que para pagar a aquellos españoles, quería ir al cerro de Nuja, tres semanas a sacar oro; todo me fue concedido. Avisé a Pedro de Lomelín y al Capitán Salazar, que hacían los oficios de caudillos, que se quedasen en el fuerte Salazar con veinte y cinco hombres y subiesen los demás hacia el cerro de

Nuja, y en lugar de cada hombre viniese un indio para sacar oro. Fuimos y sacamos algunos días, y enfermó toda la gente, y así hubimos de dejar.

CAPITULO XXXV

Sale Pedro Ordóñez de Cevallos del Oriente llamado a la Ciudad de Quito

Escribióme el Licenciado Pedro de Zorrilla, Oidor de la Real Audiencia, fuese allá, porque con la fuerza que hacía el Virrey sobre las Alcabalas, tenía malas nuevas. Escribióme también el Provisor el Arcediano Galavis, que por haber ido Su Señoría a Lima al Concilio, lo dejó por Provisor y Gobernador de todo su Obispado y Vicario General. Dejé los dos amigos, y de Baeza envié al Padre Manuel Fernández que quedase en mi lugar. Llegado yo del pueblo de Vecho al de Tangipa, como todos los Caciques me habían traído presentes y Laipiti Cofán, no: dijo Francisco como allí habían de venir, me detuve un día y despaché a este Francisco con ocho indios de cada nación, bien armados, a descubrir toda la tierra del Río Marañón, que fue y lo vido, y volvió a darme relación. A este tiempo llegó Laipiti con todos los ochenta indios, que llegó a Vecho de guerra, cargados de regalos, porque a éstos y al Cacique no les había dado cosa, hasta que hiciesen aquello; díles muchas cosas. Traía este Laipiti una india cargada con un cataure de su chicha de yucas, que es una bebida de las raíces, que en Cartagena hacen cazave, y a la tornada se sustentan las flotas y galeones con ello. Traía un monstruo, que era una india, que me quedé fuera de mí de ver tal cosa, porque era de la manera siguiente: era una mujer muy alta, tanto como el hombre de mejor estatura, era muy gorda, los pies anchos y largos; las

piernas también muy gordas y muy estevadas, con un bello grandísimo, cosa jamás vista en india porque de ningún género le sale pelo, sino en la cabeza y cejas; los muslos tan gordos como un hombre que lo está mucho lo puede ser por la cintura. Tenía de tras una cola de carne de seis dedos y muchos cabellos, y eran tantos que dos manos de las mayores que allí estábamos no las podíamos coger; éstos los tenía cogido y trenzados de manera que la mitad le iba por un lado y la otra mitad por el otro, y le servían de pampanilla, hasta abajo de las rodillas que la cubrían por delante y por detrás. Su cabeza era como de dos hombres, con mucho cabello y largo, que le daba abajo de la cintura; la frente era ancha de más de un coto de mano; los ojos tan grandes y redondos que parecían de carnero de aquella tierra, que son como un real de a ocho; la nariz tenía chata y grande, y mayor que la del negro más feo de Itiopía; los carrillos por cerca de la nariz hundidos y en el hueso muy altos; la boca era disforme y muy panda; la barba como una paletilla y salida afuera, horadado el labio de abajo y en él un caracolí de oro a su uso, y en la nariz otro, que para llenar aquel lugar, según estaba de apartado, lo había bien menester; la garganta era gruesísima y no muy alta; los pechos de tanto grandor y dureza que era particular monstrosidad; los pezones era cada uno mayor que el dedo gordo de la mano de gruesos, largos y derechos; sentaban estas dos rodellas de las tetas sobre una barriga tan grande y tan dura que medía por el ombligo y caderas, tres indias las más gordas que allí estaban hacían harto en llegar. La espalda era grandísima y acanalada, con dos asentaderas con la proporción de lo demás dicho; una voz y habla de un hombre fiero; brazos y manos tan largos y gordos que no es imaginable; era tan ágil en su andar y el servicio que hacía era tan presto y bueno, cual pueden hacer dos personas; y así comía y bebía chicha como para dos.

Era pieza para rey, y sin serlo la pedí al cacique, y con intento de darle todo lo que por ella me pidiera, como fuera posible. Al principio me dijo que no, y como me viera tan aficionado, me engañó y dijo que sí y el otro día echó nueva que se había huído; y prometo que si yo llegara a tomar posesión de ella, me viniera a España con ella y pensara traía una cosa de mucha estima. Había fama que en una provincia de los Omaguas la parió una grandísima osa, y que sería hija de algún indio. Es uno de los monstruos mayores de naturaleza que yo he visto. Muchos he visto, así de animales, como pescados y aves, que si no se ven no se creerán, como es el águila de Cochinchina, de tanta grandeza que se llevaba a un oso o elefante por el aire. La Anada, que por haberla visto muchos, no diré de ella. La ballena, y sierpe y culebra de la mar. Sea alabada en todo la Divina Sabiduría.

CAPITULO XXXVI

Donde se comienza a tratar del levantamiento de Quito, y de lo que me pasó en él

Fuí llamado a Quito, como ya tengo dicho, por el Licenciado Pedro de Zorilla y por el Provisor, el Licenciado Don Francisco Galavis, Vicario General. Llegué y posé en su casa, donde me dijo grandes cosas acerca de las Alcabalas y cuán odiadas eran de todo género de gente y como el Virrey Don García de Mendoza, marqués de Cañete, por mandado expreso envió a mandar que se recibiesen en Quito, y como el pueblo estaba alterado, habían nombrado por el Procurador General al Depositario Bellido, y éste fue a la Audiencia con algunas peticiones, pidiendo le concediesen apelación para España, con fianzas que si su Majestad mandase otra cosa, las recibiría, y

pagaría desde aquel día el tiempo que fuesen, según se cogiesen el primer año, no concediéndose, antes lo mandó prender y entrar en un aposento de los de la casa Real. Juntáronse una noche todas las mujeres de la ciudad, de todas calidades, y se fueron tapadas, sin consentir fuese hombre con ellas y entraron en las casas Reales, y después de pasados muchos razonamientos y chistes, sacaron al Procurador Bellido a pesar del Presidente, que no le aprovechó decir que no era por las alcabalas la prisión, sino por otras cosas; a lo cual respondían, que después lo prenderían, y otras razones muy pesadas. Todo esto escribió la Real Audiencia al Virrey, y junto con ello lo que me contó el Oidor, el Licenciado Pedro de Zorrilla, que por ser casos tan graves los pongo, aunque alguno sea fuera de la historia, que pasó así.

Juntáronse quince hombres principales en un convite, y allí cada uno prometió su día. Acabada la huelga de la espléndida comida, ordenaron un juego, y para que uno mandase y los demás obedeciesen, salió por Rey el depositario Bellido, que según su nombre, le debió de parecer que era verdad; nombrólos en cargos: al uno, príncipe de la libertad, al otro duque de Popayán, a otro de las Charcas, y de esta manera a todos los demás; el Secretario de su real persona era un guerrero Sayago, hombre muy valiente y que había sido muy rico y con sus inquietudes estaba pobre; como no le dieron título de grande, como a los demás, juntó a los otros convites, que llamaban Cortes; a la cuarta vez, a alguno de ellos les pareció mal, o por ganar gracias fueron y declararon en la Real Audiencia lo que pasaba. El Presidente de ella envió a pedir al Virrey gente y mosquetes y arcabuces, por lo que podía suceder. Envió por General al que lo era del Callao, que era un astuto varón, que su nombre era Pedro de Arana, y por Capitán y Sargento Mayor al valiente y gran soldado Francisco Zapata Vicente; y por Capitán de a caballo a Don Francisco Proaño.

Al quinto convite, trató el Secretario que él iría por Buenos Aires a Inglaterra y traería socorro de gente, y entonces dijeron todos que ya parecía traición y que se quedase allí y no se descubriese, para lo cual buscaron un Sacerdote que con una Hostia los comulgó a todos. En los demás convites, hasta los quince, aunque se trataba, no era sino risa y haciendo burla de lo que se había tratado.

Pasados algunos días, desembarcó la gente en Guayaquil, que venía de Lima, y con secreto caminaron hasta Chimbo, por un río arriba veinte días y otros cuatro de montaña. Llegado a la Sabana vió un mestizo la gente y mosquetes, y corriendo la posta llegó a Quito día de Santa Bárbara y dió la nueva. Juntóse el Cabildo y fue acordado entre ellos que fuesen y preguntasen a la Real Audiencia qué gente era y nombraron Oficiales de guerra y pedían los confirmase la Audiencia.

Y respondió que no sabía qué gente era, y confirmó todos los Oficiales, salvo el general que éste dijo que había de ser el Licenciado Pedro de Zorrilla, y su valeroso y prudente hijo, el Licenciado Diego de Zorrilla su Teniente y coadjutor, porque era muy querido de toda la Ciudad; fue maestro de campo el Depositario Bellido; Capitán de a caballo el Licenciado Martín Ximeno; Alcalde Ordinario, que entonces era Capitán de Infantería, Juan de la Vega; Francisco de Olmos y Pedro de Llerena, contador de la Real Caja y Sargento Mayor, el Capitán Calderón, un gran soldado de Flandes y otros oficiales tocaron pífanos y cajas, y se juntaron más de dos mil hombres españoles.

Fuí a ver al Presidente y me recibió preguntándome que era lo que me parecía del nombramiento del General y Oficiales, en que respondí: que a un cuerpo que parecía que sus miembros se querían corromper, fue justa cosa ponerle cabeza tan leal y sana, porque realmente el General y su hijo eran

grandísimos servidores del Rey. Querer contar por menudo todas las cosas que pasaron en estos alborotos, sería comenzar historia nueva; tocaré algunas cosas, y sea la primera:

Que sobre estar el estandarte real en las casas reales, donde se había pasado, como General el Licenciado Zorrilla las banderas y cuerpo de guardia estaban en la Plaza, junto a las puertas del Cabildo, tuvieron su consejo y se determinó que trajesen allí el estandarte; salieron tocando alarma y fueron a la Audiencia, y después de grandes cosas bajaron el estandarte. Asíóse de él el Licenciado Cabezas, Oidor de aquella Audiencia, y diciendo: aquí del Rey acudió toda la gente. Puesto a caballo marcharon la plaza y de allí a la iglesia, que cierto era de ver todos los del pueblo, como en diciendo: aquí del Rey, aunque fuese una criatura acudían todos, porque es lealísima aquella ciudad y provincia.

No quiso el Oidor llevar el estandarte a las casas del Cabildo, sino a las suyas, que era una esquina de la plaza, y subido en su ventana pidió que callasen todos, que así se hizo, como si fuera en un sermón, y dijo: ¿creéis que el Rey Don Felipe nuestro señor es nuestro Rey y Señor natural? Todos respondieron lo creemos; y con ésta otras muchas preguntas, que a todas respondieron creemos; y así quedó nombrado el día del símbolo de Cabezas. Quedóse el estandarte allí algunos días.

Pasados algunos días, en otro consejo y junta, determinaron, que pues eran tan fieles, que saliese el General con ellos a pasearse. Fueron todos, y estaban en acuerdo y pidiéndoselo y diciendo que no era justo, ni tiempo, se asieron de la ropa dos cuñados: Ortiz y Ribas, y se la quitaron, y a su pesar, dando voces que eran fieles y que sobre sus hombros lo llevarían como a su General y cabeza. Pusiéronlo sobre un caballo y le dieron un bastón, como a General y lo pasearon por todas las calles con gran regocijo y a este

día llaman la prisión del acuerdo. Y a estos dos tristes, que no supieron lo que se hicieron, les mandó dar garrote después, el Alcalde Ordinario, García de Vargas. Despacharon al Capitán Arcos con provisiones y mandatos que no pasase a Quito, e hizo alto en Chimbo el General Pedro de Arana y su gente; y Arcos se quedó en Atacunga, y mandó hacer pólvora, que sabido por el General Pedro de Arana le envió a mandar so pena de la vida y traidor, que no la hiciera. Enojóse el viejo y escribióle una carta de este tenor: "Carta al General Pedro de Arana.—Pedro de Arana, bien sabéis que fuiste mi criado, y que se dice en todo el Pirú mis grandes servicios a nuestro Rey, y mis hazañas os constan, que he igualado con los mejores capitanes y soldados de estos reinos; noventa y tres años tengo, y vos no tenéis cumplidos sesenta, os desafío y reto, venid si os parece, veréis quién es el Capitán Arcos, y si no venís, no hago caso de cobardes, vos sois el traidor".

El Alcalde Martín Ximeno escribió otra carta al Virrey, de parte de la ciudad, que se cometió a él y en toda ella con ir bien criada no le dice merced, ni señoría, ni excelencia. Por las cuales cartas les quitaron las vidas, como después se dirá.

Un día hicieron alarde, como lo hacían todos los domingos y fiestas; pasaron por la Audiencia y porque cerraron las puertas la cercaron, y el Capitán Olmos tomó un arcabús de un soldado y por arriba de su hombro lo disparó, que entrando la bala por una ventana dió en un cuadro de Abraham y dijo: no debe más un buen Capitán; fue gran milagro no disparar todos y perderse aquella Ciudad. A este día lo llamaron el cerco chico.

Otra vez fueron tocando alarma y cercaron las casas reales, todo a no más decir que no las cerrasen y que saliesen y no los hiciesen traidores; y un soldado, visto por una ventana descubría una cabeza a mirar, le tiró y pasó la bala por la frente, y mató a

un honradísimo mozo, llamado Fernando Lagarto sobrino del Oidor General, a este día llaman, el cerco desgraciado.

En este tiempo dieron un arcabuzaso al maestre de campo Bellido, y le quebraron una pierna y como no murió quiso curarlo un médico portugués, y lo acabó con una purga. Díjose que todo había sido por mandado del General Pedro de Arana, y que fue su grande amigo Olmos el que se la tiró, porque de secreto hacía grandes servicios, y para lo público se halló después con cartas del Pedro de Arana, en que decía él lo mandaba y por ello se libró.

Otro día, que llaman del cerco grande, que fue un día de juicio y pasaron cosas maravillosas, y que parece que la Divina Providencia acude con sus misericordias a manos llenas, que vide milagros, si así se pueden nombrar. En todos los días acudí a la Real Audiencia e hice todo aquello que un fiel Capellán pudiera hacer, porque con recaudos, del General Oidor, iba al Provisor, y lo atraje, que no fue poco, porque iba con el vulgo que no se recibiesen alcabalas, hasta que se diese aviso a su majestad y los oyese, aunque en lo demás era un excelente varón, como se verá en el hecho de este día del cerco grande. Llamóme el General en secreto y me dijo que la noche antes su cristianísima mujer doña Francisca Sanguino, que certifico como sacerdote que era una santa y que le revelaba Dios muchas cosas, que le parecía que otro día se había de ver en grande agonía y estrecho, y que me llamasen y preguntase qué sabía y qué había oído aquella noche en el cuerpo de guardia del Cabildo (porque muchas noches me disfrazaba y ponía un cuello de seglar, y me iba a escuchar, y otras veces como amigo de los capitanes Juan de la Vega y Martín Ximeno iba como clérigo). Respondíle: yo lo que sé es que mañana hay reseña, y vendrán a esta plaza de las casas reales a armar escuadrones; entré dentro y me dijo aquella santa mujer: Padre mío, qué

juicio será el de mañana? Si no nos libra el Santísimo Sacramento, todos moriremos. Vaya y reduzca al Provisor y diga que traiga al Señor y venga a librarnos, que su Divina Majestad se lo pagará, y el Rey Nuestro Señor se lo gratificará. Salí de allí, sin responderle cosa, que como la miraba con ojos de santa me pareció que hablaba con espíritu profético. Fuí pensando lo que le diría al Provisor, y fue que si había alboroto llevase el Santísimo Sacramento, para que con su respeto se refrenasen todos, y así lo hizo. Tocan de improviso las cajas alarma, y en un instante las campanas, que parecía hundirse el pueblo. Acudieron dos mil y ochocientos hombres marchando hacia las casas reales, con voz de que los Oidores se encerraban, y los hacían con aquello traidores; llegados, piden que abran las puertas; hubo grandes demandas y respuestas. Tenían hecho dentro grandes prevenciones de guerra, que todo era poco para contra tanta gente, que no había dentro más de cien personas, hombres y mujeres. Acordéme del Arcediano y Provisor, y salgo por un postigo con Juan de Aldaz, un Vizcaíno que sirvió mucho en estos negocios. El Provisor estaba ya apercebido y hubiera ido a la Iglesia por el Señor, si no que estaban las calles de la plaza tomadas. Dije entrando: ea señor Provisor, por Dios, por su Rey y su Ciudad, acuda a lo tratado. Dijo: ¿a dónde iremos que todos los conventos e iglesias están cerradas? Dije: a la Compañía de Jesús, que para servir a Dios y al Rey siempre está abierta; y era la verdad, porque aunque todos acudieron, estos santos religiosos se aventajaron. Fuimos allá y luego abrieron y salió el Padre Rector con la Santa Custodia escondida; venimos a tiempo, que si nos tardáramos un rato más, fuera imposible entrar, porque ya cercaban todas las casas reales a la redonda, que son cuatro esquinas. Entramos por el postigo, que fue por donde habíamos salido; pedí ambigas para echar las puertas principales abajo, y el que más hacía era

el Sargento Mayor Calderón, que como soldado viandante no miraba lo que los honrados capitanes le decían. Visto que si más se tardaba fenecería todo, puse las gentes en sus puestos, que aunque de rigor era aquel oficio de los soldados que estaban dentro, ninguno sabía lo que se había de hacer, aunque por el postigo entró a aquel tiempo Diarto Marroquín y otros que ayudaron.

Era la vocería tanta, que no se entendían y todo era pedir que abriesen las puertas o que las echarían abajo y los matarían; sobre las puertas principales estaba una ventana grande.

Mandó el general Zorrilla que las abrieran y el Provisor sacó el Santísimo Sacramento, que fue cosa milagrosa, que fuera ni dentro no chistó persona ni habló más, sino que arrodillados lo adoraron un gran rato con lágrimas de alegría. Y el General dijo: ea, acompañemos a Dios, y dió de mano que se pusiesen en orden de marchar, y al momento se obedeció y fueron en procesión a la iglesia mayor. Acudieron los cantores y música, que pareció una procesión del cielo. El Provisor lo colocó en el Sagrario y el Rector hizo una plática de la veneración del Santísimo Sacramento, y acabado acompañaron al General hasta las casas reales sin haber soldado que entrase de las puertas, antes cuando pasaba le hacían reverencia hasta el suelo y decían: que a un tan buen cristiano y esposo de una santa y su General, todo aquello y más se le debía.

De allí adelante no hubo más cercos, ni contiendas y porque era cerca de Semana Santa, se escribió a Pedro de Arana que viniese y llegó víspera de Ramos y el domingo no hubo oficio. Prendió hasta veinte personas. Aquel Lunes Santo amaneció colgado el buen viejo Arcos y Martín Ximeno por las cartas arriba referidas, que fue un espectáculo grandísimo ver un viejo con una coleta como la nieve, de noventa y tres años, y que tanto había servido al Rey, y un

mozo gentilhombre, muy galanamente vestido, y de lo más granado de la ciudad y Lunes Santo amanecer así.

CAPITULO XXXVII

Donde se concluye la Historia y se trata de los castigos que se dieron

Entre Lunes y Martes Santo se miraron las causas que algunos tenían en esta revolución, y Miércoles Santo, el Contador Pedro de Lerena y el soldado que mató a Hernando Lagarto y el otro sobre cuyo hombro disparó el arcabuz el Capitán, cuando pedía la venganza el Presidente de haber rompido a Abraham con la bala; y al sargento mayor Calderón y a otros tres compañeros suyos, que llaman de los yumbos, porque salieron por una provincia que la gente tiene este nombre; y escaparon siete de un navío que se perdió en aquel mar del Sur, que vinieron a morir por solo hablar y decir dichos, como dicen los necios: diga yo esto y cuéstemela vida.

Llegarían hasta veinte todos los justiciados, y con esto cesó, porque le oí decir al General Oidor y al General Pedro de Arana la poca culpa que toda aquella ciudad tenía fuera de haber tomado las armas; y así envió perdón general el Virrey, y dice en él: "para si por ventura alguno hubiere hablado, que en todo lo demás se sabe la lealtad de esta ciudad".

Y por ser a propósito, acabaré estos alzamientos de las Indias, con decir que hubo muchas ciudades, como fue la de Santa Fe y Tunja, Nuevo Reino de Granada, que juntándose en Cabildo los veinticuatro Regidores, y proponiendo el Oidor las Alcabalas, se vestían sus capuces de luto y sobre un bufete sacaban una fuente y un cuchillo, y no respondían cosa, y al fin recibieron a dos por ciento, y aún de aquello quitó

nuestro cristianísimo y católico Rey don Felipe Tercero una gran parte, que en todas las provincias no quiere más que las pagas de las justicias y oficiales reales. A muchos hicieron en aquella ocasión grandes mercedes, y yo también fuí gratificado en el beneficio del Pueblo de Pimampiro donde lo fuí ocho años, como lo diré.

Acabadas las cosas de Quito, llegó Su Señoría Don Fray Luis de Solís, que venía de Lima. Agradeciéme mucho el trabajo pasado, porque le dijo el Oidor General lo que había hecho, que eran íntimos amigos, porque los buenos y santos suelen tener entre sí siempre unión y vínculo de amistad. Puedo decir ciertas cosas rarísimas de este santo Obispo y pregoneros de su virtud, y no sólo de oídas pero de vista, que hacen más feo, pero por no ser de esta historia las dejaré; y por pagar en algo la deuda que a los buenos debemos, diré sólo una, y es que un día de viernes me dijo: hijo, estas noches vamos a Guápulo, que es una legua del pueblo, donde está una Imagen con la invocación de Nuestra Señora de Guadalupe; y vine a la oración y disimuladamente nos salimos a pie del pueblo. En llegando a la cruz de la entrada, se quitó la capa de San Agustín que había sido frayle de aquella sagrada religión, y me la dió, y ya venían las espaldas puestas en orden para su disciplina; se descalzó y sacó una cadena de hierro con tres ramales y una carrucha grande, que es a modo de la disciplina del glorioso Santo Domingo, y con ella se fue azotando con grandísima fuerza, que yo me espanté de ver tanta perfección en un viejo, y el ver cuando llegaba a las Cruces que hay en el camino, como se postraba y lloraba, que me parecía que veía a su Padre San Agustín o a San Nicolás de Tolentino; y cierto que en todas aquellas Cruces donde hacía aquellos actos, besaba yo sus zapatos y capa, como reliquias de Santo. Llegados a Guápulo lo curé con agua de altamisa y polvos de arrayán. Aquella noche

dormimos allí y muy de mañana dijo cantada la Misa a la Virgen, y luego en su mula se volvió a la Ciudad; y esto hacía muchos sábados, y por esto se podrá pensar la gran penitencia de este Santo Obispo, el cual aquel sábado me dijo que la mejor doctrina de su Obispado era Pimampiro, y que me fuese allá, pues, yo estaba malo, que había dos años que de los grandes y excesivos trabajos de los Quijos tenía abiertas las ingles y la barriga, y piernas con llagas de los mosquitos, y las espaldas con mil señales de los gusanos, que me duró esta prolija enfermedad cinco años.

CAPITULO ULTIMO

Del tiempo que estuve en Pimampiro y de mi venida a España

Acabadas todas estas cosas ya dichas y concluído este último hecho, que fue el de mayor provecho que en aquellas partes pude hacer, salí de Quito para el pueblo de Pimampiro que fue el que dió por mejora el señor Obispo el tiempo que allí estuve.

Los indios Quijos es gente agradecida y que reconocen lo que por ellos se hace, y así me venían a visitar más de cuatro años después que salí de entre ellos, y no se contentaban con la visita, sino que me traían muchos regalos de micos y papagayos, vivos y secos, y pescado seco y puercos de monte y granadillas de los Quijos y de estas dos cosas diré dos maravillas singularísimas. Los puercos del monte son como los de acá, sólo que tienen la barriga arriba y el ombligo, y en matándolos se lo han de sacar luego porque si no es tanto el mal olor que de sí despiden y es tan malo el sabor de la carne, que no se puede comer.

De las granadillas digo que absolutamente es la mejor fruta del mundo, y comiéndola sale un olor por las narices de almizcle, y un sabor mejor que de nuestras granadas. La hechura de la fruta es a modo de una cidra pequeña del grandor de una mano, sin punta o pezón y en medio algo más gorda que en los extremos, y el de abajo un poco más grueso. La cáscara es gruesa como el dedo y de ella se hace conserva; los granos son a modo de nuestras granadas, no muy maduras, y todos están juntos sin repartimiento, dentro de una tela muy delgada. La flor de esta fruta es misteriosísima, porque contiene en sí todos los misterios y pasos de la Pasión de Cristo; es de la manera de una azucena, con una campana blanca por de fuera y pintas leonadas, por dentro de color rosa, contiene dentro de sí toda la Pasión. En el círculo bajo salen unos ramales de color de sangre, que parecen azotes; en medio del centro inferior se levanta una columna verde y al pie de ella tres hojas, que hacen hechura de tres clavos, y la misma campana de la flor es a modo de corona con espinas; dentro de sí las venas están dispuestas de tal manera que vienen a hacer a la vista lanza, caña con esponja, escalera y cruz.

Cuando me venían a visitar y me traían estas cosas, en correspondencia les daba yo grandes dádivas y les enviaba muchas cargas de algodón, para que se hiciesen de vestir, que era lo que más habían menester, que hubo año que les envié doscientas arrobas de algodón y en particular a los indios que yo rescaté y los dejé libres y poblados, como dije. Y para que se sepa este rescate y cautiverio, lo diré en breves razones.

Todas las provincias referidas, y otras muchas naciones que hay, porque hay provincias que tienen debajo de un nombre tres y cuatro leguas y éstos son todos enemigos unos de otros; y así están en los altos o en las quebradas muy fuertes y se guerrearán y

cautivan, y se sirven de ellos de noche y de día, con excesivos trabajos, y malos tratamientos de obras y palabras, como lo ví por mis ojos, y que era una obra de gran caridad. Traté con estos indios, que cada provincia me diese tantos esclavos, y éstos los más maltratados; y así rescaté a los dichos, y los catequicé, bauticé y poblé, como es dicho de todos, hasta que me vine a España; salían a verme y les daba, y casi todos me traían los hijos para que me sirviese de ellos, y de estos rescatados llevé ocho a Pimampiro, y casé allí algunos.

El pueblo de Pimampiro está distante de Quito veinte leguas; es tierra templada; porque pasa cinco leguas de allí la línea equinoccial y por ser más caliente que fría y no haber invierno ni verano, todo el año hay frutas, así de las de Castilla como de la tierra, en tanta abundancia y tan buenas como las de España; es tierra muy rica, porque tiene infinidad de cocales, que es una hierba como lentisco que los indios comen y para el trabajo les ayuda, según su uso, y sin esta coca no trabajarían; con sólo mascarla y tenerla en la boca les sustenta, conserva la dentadura de manera que aunque sean muy viejos jamás les falta, y dicen los naturales que con esta coca y con la chicha que beben, que es hecha de maíz, como cerveza, jamás les da piedra ni mal de orina.

Tiene esta tierra tantas hierbas medicinales, que casi todas lo son. Hay arbolillos que tienen unas hojas pequeñas y muy blandas, y de suave gusto, que el purgarse está en la mano de quien las come saber los cursos que ha de hacer, porque cada una es uno. Hay otra purga, que llaman mosquera, que es de otros arbolillos, y es con la cáscara de la raíz que es extremo.

Es tierra abundantísima de comidas, porque el trigo de España se dá a tres reales la fanega, las carnes son en extremo y muchas, porque hay infinito ganado; las vacas valen a veinte reales; un gran carnero vale

cuatro; un sebón muy bueno, veinte y cuatro; una gallina o capón, tres cuartillos; conejos o perdices dan tres por un real y todo lo demás de esta manera; y por esta causa y ser tierra de tantos tratos, acuden de ordinario muchos españoles y indios, y con ser pueblos de ochocientos vecinos, parece de más de dos mil.

Había en aquel pueblo falta de agua, y así estaban perdidos grandes campos, y como los Sacerdotes pueden tanto con los naturales, que por ellos se gobiernan, así en lo espiritual como en lo temporal, junté al Gobernador y caciques y les dije que con deseo de remediar la falta de aquel pueblo, yo y el maestro Pedro Ferrer (que era aquel genovés gran artillero que fue en el viaje a Cochinchina), habíamos ido por aquellos altos a buscar agua, y descubrimos unas acequias de los tiempos del Inca y vimos como podía venir gran golpe de agua, que yo daría el gasto y que pusiesen ellos el trabajo, y así se hizo, y gasté cien ducados en herramientas, y compré una manada de cuatrocientas ovejas y doscientas fanegas de maíz, y acudieron tantos indios, que en quince días hicieron cinco leguas, una acequia de vara y media de hondo y otro tanto de ancho, que vinieron dos bueyes de agua, que fue de tanto valor y riqueza para los indios que no se puede numerar.

Juntos todos estos caciques e indios ladinos, me hicieron una pregunta: Padre queremos saber de tí por qué gastaste más de cuatrocientos pesos y tanto trabajo y solicitud por esta agua? Y sobre esto, otras muchas razones. A las cuales respondí: hijos sólo una razón tengo y ésta lo veréis, que es así; pues no hay otra de mi interés, que fue por vosotros y por el bien común de este pueblo. Y cierto podré decir que fue una grande obra y muy agradecida de todo este pueblo, en tiempo de ocho años que estuve en él. Y para persuadirles cualquier obra de la Iglesia, con sólo decirles que era para ellos lo hacían con mucho gusto, tanto que se acrecentó la Iglesia en más de seis

mil pesos. Y por ser notorio el dicho de los caciques indios de Pimampiro, lo diré. Vino un Oidor a visitar (como es de costumbre cada tantos años) y porque hay mandato no se les haga repartimiento a los indios para cosa. Visto un retablo nuevo que costó dos mil ducados, preguntó al cacique principal cuánto había costado, y respondió con juramento que cinco pesos; y llamados a los demás dijeron que tres y a la postre que uno y medio y con hacer grandes diligencias, no se pudo sacar otra palabra de ninguno, que sólo cada uno decía lo que había dado.

Hice a los caciques no hiciesen agravios a sus indios, y a ellos que obedeciesen a sus Caciques, con que les sustenté en paz y fuí muy querido de ellos. No consentí que español ninguno fuese en casa de los indios, y así tenía todos los días cincuenta y sesenta de mesa, en que gasté muchos ducados y evité infinidad de agravios y pecados. Catequicé muchos viejos y viejas. Entablé las confesiones, que no había remedio con penas y castigos, y con dádivas, que había Cuaresma que les repartía ciento y cincuenta fanegas de pan, y cien paños de agujas. Curaba por mis manos los enfermos, y todos los españoles chapetones, que son los recién llegados a aquella tierra, tenía allí hospital para curar. Con ser este pueblo de Pimampiro de los mejores y más provechosos de todo el distrito del Obispado de Quito, gané de provechos y salarios por cuenta en los ocho años, sesenta mil reales de a ocho; cuando vine a España sólo me quedaban veinte mil y siempre pedía a Dios lo que el Rey Salomón; que no me diese riqueza ni pobreza, y me dejase volver a Jaén, y estar en un rincón sin que me conociesen los Prelados, y en compañía de una santa beata llamada Ana Gutiérrez (que por ser una sierva de Dios digo su nombre) que me crió siendo niño; su Divina Majestad me lo ha concedido. Diez años ha que llegué a esta Ciudad, y por huir de la ociosidad me he ocupado de estos tratados con fianza de que sólo

mi blanco y deseo ha sido acertar en algo del servicio de Dios y provecho de mis prójimos.

La tercera cosa que pedí al Señor, es que en falleciendo sea mi cuerpo enterrado en la Iglesia del señor San Pedro, y tengo confianza en su Divina Misericordia, pues, ha sido servido que en la tierra haya peregrinado tanto, y dado vuelta al mundo, se ha de dignar perdonarme y llevar mi alma a gozar de su santa gloria.

Desde que salí de Pimampiro, caminé nueve meses hasta llegar a Sevilla; y de todo el viaje no tengo cosa que escribir; sólo la entrada de La Habana que fue milagrosa, y tanto como se verá en la vida del famoso General don Gerónimo de Torres y Portugal, y los trabajos de tanto viaje del mar y tierra; como se habrá visto y por experiencia los que los pasan los ven. Y a los que no le han visto, la razón les dará conocimiento de ellos; y con razón puedo decir muy de corazón a Dios que soy "El Clérigo Agradecido" y darle infinitas gracias y ponerle en memoria de las gentes, para que todos, como criaturas tuyas, se las den.